

CONCITA DE GREGORIO

---

*Parece que fuera  
es primavera*



---

ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

## Índice

Portada

1. Yo que tú
2. Queridísima abuela
3. Yo que tú. Muñeca
4. Mathias
5. Apreciada Miss M.
6. Esquela
7. Querida abuela
8. Yo que tú. Ballenas
9. Apreciada señora S.
10. Dolores
11. Lista. Rabia
12. Querido Mathias
13. Querida Paola
14. Lista. Felicidad
15. Yo que tú. Los hechos son sencillos
16. Señora jueza
17. Querido Vittorio
18. Norma
19. Apreciada señora maestra
20. Lista. Memoria
21. Papá
22. Un sueño
23. Yo que tú. Lindero
24. Yo que tú. Detalles
25. Para Monsieur M.
26. Tiempo
27. Luis
28. Livia, Alessia
29. A Philippe
30. Yo que tú. Suiza
31. Niños
32. Yo que tú. Un sueño

- 33. Deja que sea sólo yo
  - 34. Yo que tú. Ausencia
  - 35. Lista. Palabras
  - 36. Yo que tú. Nuestro sitio
- Créditos
- Notas

*I have spread my dreams under your feet;  
Tread softly because you tread on my dreams.*

He extendido mis sueños bajo tus pies;  
Camina ligera, pues caminas sobre mis sueños.

WILLIAM B. YEATS

## 1. YO QUE TÚ

*¿Qué has venido a decirme, Irina? ¿Por qué has llamado a esta puerta? «Quisiera que me ayudaras, si puedes, a coger las palabras ponerlas en fila recomponer todos los trozos que siento desmenuzados y dispersos en cada rincón del cuerpo. Quisiera reconstruir los fragmentos como se repara un objeto roto, cogerlo con la mano y sacarlo fuera de mí. Para tenerlo cerca, llevarlo en el bolsillo, meterlo en el bolso pero entero, todo entero. ¿Crees que escribiendo se puede hacer eso? Si fuera capaz lo habría hecho, pero no soy capaz y no estaba lista. Ahora estoy lista. Quiero poner un punto. Marcar el pasaje. Siento que será fácil, si logro contar todo.»*

*Entonces, ¿de qué está hecho este relato?, ¿y por qué nos ata durante días sin que podamos parar sin que nos detengamos, días y días de palabras y de carcajadas y de lágrimas y de voz que se quiebra y luego de canciones, has oído alguna vez esa que dice así?: después de nuevo el amor: tú, Irina, hablas siempre de amor.*

## 2. QUERIDÍSIMA ABUELA

Queridísima abuela:

Tampoco este año estaré por Navidad. Ya no me es posible estar con vosotros. Con papá y mamá, con Vittorio su mujer y sus hijos. Os quiero muchísimo a todos, ya lo sabes. Te quiero más que a nadie y cada año que pasa pienso que los tuyos son muchos, no debería faltar, de veras, debería estar ahí para abrazarte. Pero está aquel gigantesco elefante rosa en medio de la habitación, cuando estamos juntas. El árbol las velas rojas las luces intermitentes la música con las voces infantiles los regalos con los lazos dorados. Y aquel elefante rosa, enorme, en medio. Que todos fingen no ver, giran en torno a él como en un baile triste, danzan de un sillón a otro sin chocar nunca con él, no lo tocan, no lo nombran, no alzan la mirada. Tampoco los que estamos alrededor del elefante conseguimos mirarnos, porque los ojos de cada uno son un espejo que refleja el dolor del otro y el dolor se amplifica, crece, al final queda sólo él.

Ya lo sé, es un silencio que nace de las mejores intenciones. Si miro atrás pienso que en esta historia en el fondo todos han actuado siempre con las mejores intenciones: incluso cuando eran inescrutables y feroces tenían en aquel momento, en la mente de quien las orquestaba, el objetivo de mejorar las cosas. Terrible, ¿no? Increíble cuánto mal podemos hacer creyendo actuar de la mejor manera posible. ¿Me entiendes, abuela? Tú, que siempre lo sabes todo hasta cuando no lo sabes, tú, que lo mantienes unido todo, hasta lo que no lo está. Sí, no hace falta que te lo explique. No voy en Navidad, abuela, porque cuando miro a mamá y ella alza la mirada hacia mí veo una tristeza que se asemeja al final. No tengo fuerzas para soportar el dolor de los demás. Yo mi elefante lo llevo conmigo, lo acaricio, lo cabalgo, lo sueño. A veces es rosa, otras veces es azul, otras se convierte en una ballena en el mar.

Queridísima abuela, el próximo domingo me voy a la Patagonia con Luis. Vamos a ver las ballenas. Caminar, llegar a la cima de las montañas, internarse profundamente en los bosques, sentarse a la orilla del océano me hace sentirme feliz. Muy pequeña y en paz. Luis me hace sentirme feliz. Un día te lo presentaré, me gustaría mucho. Te gustará. Tiene los ojos risueños y

las manos grandes. Se calla cuando hace falta, luego elige las palabras las encuentra y las cose como bordados. Me hace reír mucho. ¿Te he dicho que su trabajo es crear dibujos animados para niños? Son encantadores. ¿Te he dicho cómo logró vencer mi rechazo? Me hizo un regalo increíble, algo que sólo se puede imaginar en una película. Pero para contártelo necesito mirarte a tus ojos de cielo: tengo ganas de ver tu sonrisa tímida mientras te explico la escena. Una maravilla.

Me he sentido muy culpable de volver a ser feliz, abuela. Era como si todos me dijeran: cómo puedes olvidar, cómo puedes dejar atrás lo que te ha pasado, cómo puedes irte de vacaciones, tomarte una copa de vino, amar a un hombre, hacerte amar en el placer, después dormir. Cómo puedes seguir viva, en suma, y tener ganas de seguir estando en el mundo. ¿Has olvidado a las niñas? ¿No te da vergüenza? Es como si me dijeran que también yo he muerto, y es un escándalo que me rebele.

Pero yo estoy viva, abuela, el dolor por sí solo no mata y yo estoy viva. Así que tengo que vivir, porque mientras yo esté estará el recuerdo de quien ya no está con nosotros. El recuerdo vivo: el suyo vive en los pensamientos. Olvidar, abuela. Tú que has caminado un siglo sabes que nada se olvida, pero a veces se tiene que poder coger todo y ponerlo en un sitio. Tenerlo en la mano y meterlo en el bolsillo, colocarlo en la mesilla de noche como si fuera una flor en un jarrón, salir, luego regresar y encontrarlo ahí. Cómo podríamos vivir sin mitigar la memoria, lo que no quiere decir rendirse, u olvidar, sino dejar que lo caliente se enfríe, que lo mojado se seque, que todo se transforme y de todo final nazca un principio. Que el hambre se sacie para volver a ser hambre. Que el deseo se extinga para renacer. Que el sueño dé paz al cansancio para volver a tener sueño. Cada minuto de la vida gira en torno a algo que ya no está para que pueda acontecer otra cosa. Fíjate. Los niños dejan de llorar la ausencia de su madre en la guardería y corren riendo a su encuentro cuando vuelve. ¿La han olvidado durante esas horas? Te amputan una pierna después de un accidente, como le sucedió a papá, y con la prótesis vuelves a andar e incluso a ir en moto. ¿Has olvidado tu pierna o es precisamente porque la recuerdas –y al mismo tiempo no soportas su ausencia por lo que todavía puedes ir por el mundo? Hace falta ser feliz, abuela, para hacer frente a este dolor inconcebible. Hace falta miedo para tener coraje. La ausencia es la verdadera medida de la presencia. El calibre de su valor y su poder.

Te quiero, abuela Klara. Pienso en nuestros secretos, pienso en cuando iba a tu casa de joven cargada de calamidades, en cómo tú las dominabas y me tapabas, me protegías y me guiabas. Pienso en ti como en mi hogar, mi familia. Por entonces todo tenía que ocurrir aún. Pero ahora todavía han de pasar muchas cosas. Tú sigues estando ahí, yo sigo estando aquí.

Volveré para enseñarte las ballenas en las fotos, te explicaré el sonido que producen, porque cantan, ¿sabes?, las ballenas. Siento mucho no estar contigo en Navidad pero soy feliz por poder prometerte que seré feliz esos días. Hasta en el llanto, que sin duda lo habrá como en toda fiesta, y más feliz todavía justamente ante la presencia y el consuelo del llanto. Me gustaría que sintieras mi alegría. Que trataras de acariciar el elefante rosa mientras todos lo ignoran, me gustaría que le hablaras al oído. Dile, abuela, que esté tranquilo. Nos lo llevaremos de allí, lo dejaremos libre de nuevo, iremos a verle cada día pero nunca más volverá a estar prisionero. Díselo, abuela. Te quiero. Feliz Navidad.

I.

### 3. YO QUE TÚ. MUÑECA

*Eres pequeña, Irina. Pequeña como una muñeca pequeña. La cabeza redonda los ojos redondos los labios redondos. El pelo corto, como un chico. Un poco de pintalabios, una bufanda de seda. Llegaste un día con los pantalones metidos dentro de las botas, un gran bolso, la respiración jadeante –pero eran las escaleras, pasó enseguida–, la cabeza inclinada hacia la derecha en tu forma de pedir permiso con la sonrisa. Parecías justamente una muñeca. Rusa, pensé por el equívoco del nombre. Soy de Ascoli Piceno, dijiste enseguida. No conozco a nadie de Ascoli Piceno, pensé. ¿Cómo es Ascoli? Hermosa, dijiste. Me casé allí, las fotos son bonitas. Así, casi antes que de ninguna otra cosa –incluso antes de explicar cómo había ido el viaje, de dónde venías, cuánto te quedarías–, hablaste de tu boda.*

*Llegaste y trajiste la calma y la alegría a la habitación. No sabría decirlo de otro modo: alegría. Todo te gusta, todo te emociona, cada cosa con la que te tropiezas es una sorpresa que festejar. La máquina roja de café, la vista desde la ventana, la música de la radio –¡precisamente esa música que tanto me gusta!–, una vieja silla, una visita imprevista. ¿Dónde vives, Irina? Ahora en España: en el sur de España. ¿Te gusta? Muchísimo, muchísimo. Es todo tan tranquilo, tan cálido, tan cerca de África... ¿Sabes?, después de tantos años en Suiza, en Lausana, Granada me parece un milagro. Te ríes de nuevo con la cabeza inclinada, siempre ríes así, como algunos niños. También tus dientes son dientes de niña. Cuando contestas sí lo dices siempre tres veces: sí sí sí. Con una especie de timidez y el tono que baja, una escala descendente. Al poco uno se habitúa y se convierte en una música, un contrapunto especial tuyo. Tienes un italiano afilado, perfecto, lleno de palabras en desuso. El italiano de quien ha aprendido a hablarlo en un mundo de adultos, en el siglo pasado. No conoces, me parece, las palabras de la escuela y de la calle. De niña debías de ser igual que ahora, sólo que un poco más pequeña, aún más pequeña. «Vivía en Bruselas, fui al colegio allí. Mi madre es alemana, mi padre italiano. El francés era la lengua del mundo exterior. He aprendido bien el inglés, he trabajado mucho en Estados Unidos. Ahora vivo con los andaluces, e intento pensar en español.» Todas*

*las lenguas son tuyas, Irina. Y, entonces, ¿en cuál de ellas sueñas? «¿Pues sabes que no lo sé? No creo siquiera que haya una lengua para los sueños. A lo mejor son sueños mudos», ríes de nuevo, «por otro lado sueño mucho con las ballenas, y las ballenas no hablan.»*

## 4. MATHIAS

¿Por qué me casé con Mathias? Para no llevarle la contraria. No me parecía importante casarse o no. Estaba embarazada, nacerían las niñas. Pensaba en eso. Incluso le había dicho: si no te apetece estar conmigo no importa, vete. No había reaccionado bien a la noticia del embarazo. En realidad, ahora que lo pienso diría que aquélla fue la única vez que le vi perder el control en toda nuestra vida juntos. Cuando le dije estoy embarazada empezó a tartamudear, luego a aclararse la garganta como si tuviera que toser sin conseguirlo. No quería creerlo, decía no no no. Qué has hecho, no es posible. Eso no es posible, cómo ha podido pasar. Era un acontecimiento que no había programado ni previsto: algo inconcebible para él. De hecho también a mí me parecía imposible. Técnicamente, digamos, esa vez no habría tenido que quedarme embarazada. Pero sucedió. Le dije: haz lo que quieras, yo sigo adelante. Me pidió tiempo, luego me propuso unas vacaciones juntos, para hablar de ello. Nos fuimos a Egipto. No hablamos de ello, que yo recuerde. Al menos no mucho. Pronto volvió a ser el que yo conocía. Tranquilo, positivo, alegre. Había recuperado el control de la situación. Fueron unas vacaciones hermosas, tranquilas. Yo estaba feliz con mi embarazo. Él me dijo: vamos a tener una familia, así que casémonos. Casémonos en Italia, en tu casa. Pensé en mi casa –en los campos de alrededor, en el árbol en el que de pequeña quería construir la casa de madera, ese que se ve desde la ventana de mi habitación– y le dije: de acuerdo.

¿Cómo era Mathias? ¿Físicamente? Era apuesto. Alto, deportista, rubio. Un poco bizco, pero no recuerdo si bizco hacia dentro o hacia fuera. La memoria gasta algunas bromas: hace justo su trabajo. Es una especie de cortocircuito: en caso necesario borra. Delete. Bizco en cualquier caso, eso lo sé: sus ojos miraban a dos sitios distintos. Pero poco, algo fascinante y un poco hipnótico. La primera vez que le vi me hizo reír toda la tarde. Estábamos en la montaña en uno de aquellos fines de semana que organizaba nuestra empresa para que los empleados de distintos países se conocieran.

Trabajábamos para la misma multinacional. Yo, italiana, en Lausana. Él, suizo, en Italia. En Bolonia. Una especie de intercambio de sitio, empezamos a hablar de ello. Había unas sesenta personas. No me había causado una impresión especial, incluso habría pasado la velada con otros. Sólo que tras las presentaciones a cada momento me lo encontraba cerca. Siempre estaba allí, yo me desplazaba y él estaba allí. Amable, educado, atento. Contaba anécdotas divertidas, era muy alegre. Recuerdo que me abría las puertas. Un gesto insólito, anticuado. Era serio, una persona seria. Radiante, también –tan rubio claro y risueño–, pero firme. Como una roca en medio del mar. Insistió en que volviéramos a vernos. Nos vimos. Era una persona de principios muy sólidos, fuertes. Inspiraba mucha mucha confianza. No sé cómo decirlo mejor: siempre estaba presente. Lo que luego resultaría ser rigidez al principio me parecía seguridad. Siempre sabía qué hacer, cómo hacerlo, cuándo. Tenía las manos largas, las uñas con las lúnulas blancas. Todo lo cogía con cuidado. Podías olvidarte de las cosas, ya pensaba él en todo.

Yo no estaba exactamente enamorada. Sólo un poco enamorada. Estaba bien. Vivía en Lausana, una ciudad pequeña, sencilla, tranquila. Hacía un trabajo importante, de abogada, para una multinacional: recorría el mundo. De vez en cuando iba a verle a Bolonia, una ciudad en la que había estudiado y que me encantaba. Íbamos al cine, muchísimo. De noche era un hombre capaz de dejarte leer hasta tarde en la cama. No hay muchos así. Yo leo horas y horas, incluso de noche: con él me sentía libre de hacerlo. Paseábamos bajo los soportales, tomábamos helado. Hacía poco más de un año que salíamos cuando me quedé embarazada. Tenía treinta y cinco años, un buen trabajo, un sueldo excelente. En la vida a veces pasa que una no puede permitirse un embarazo. Se da el caso de que es demasiado pronto, ¿no?, o con alguien que no encaja. Con Mathias no había nada que no enajara. No me apetecía hacer cálculos sobre lo que más convenía. Pensé: la criatura ha venido, es el momento, adelante. Luego supe que eran dos. Meses después. Él estaba tan tranquilo, como siempre. ¿Dos o tres, qué más da?, me dijo. Reía.

La primera vez que me asusté, que tuve la sensación de tener al lado a un perfecto desconocido, fue un día bajo los soportales en Bolonia. Había un

niño mendigando, sucio y con el pecho descubierto. Hacía frío. Me detuve y me entraron ganas de llorar. Empecé a hablarle. Era tan pequeño... Mathias me tiró del brazo: qué haces, aléjate de él. Le dije: es un niño, mira. Me respondió: y qué importa, hay millones, vamos. Le miré a la cara y sus ojos claros me parecieron vacíos. Ojos de pájaro. Pozos ciegos. Fue sólo un instante. Seguimos paseando y hablando –me parece– de la película que íbamos a ver. Pero yo estaba distraída por aquel nuevo fenómeno que no había visto nunca. La total ausencia de compasión. Total, absoluta. Perfecta.

Mathias tiene un hermano gemelo que es igual pero más gris e introvertido. Su versión triste. Nunca hablaba de él. También tiene una hermana, casada con un italiano de Rímini y luego separada. Tiene padre y madre, también ellos separados. La madre se llama Norma. Pocas veces he conocido a alguien tan impecable en su dureza. Mathias nunca hablaba de su familia. Sus relaciones estaban marcadas por hechos, no por emociones. Compromisos citas visitas. Nunca les oí levantarse la voz entre ellos. Nunca oí a Mathias reír estando con ellos, ni recordar el pasado. Nunca logré imaginármelo de niño.

Después del parto tuve una infección con un principio de septicemia. Estuve realmente en peligro de muerte. Mi madre siempre estuvo allí, junto a ella una enfermera me controlaba de cerca. Naturalmente, no podía tener a Alessia y Livia conmigo. Mathias llegaba a la hora de las visitas, por la tarde. Entraba en la habitación con sus amigos, desconocidos para mí, y me hacía fotos en la cama, me presentaba: aquí mi mujer. No decía mi nombre. Decía mi mujer. Yo llevaba los goteros y estaba muy débil, ni siquiera tenía fuerzas para responder. Sentía el deseo de echarle a la calle, pero sólo podía volver la cabeza hacia el otro lado sobre la almohada. Después he pensado muchas veces que habría tenido que dejarle de inmediato, en aquel momento. Tenía que haber entendido que no podía haber amor en aquel afán suyo de mostrarme sin verme. Pero en parte era demasiado tarde y en parte, cuando volví a casa y estuve bien, me pareció una tontería. Alessia y Livia eran una maravilla del cielo. Nunca he sido tan feliz como con ellas. Todo lo demás era menos importante.

Yo ganaba más que él. Suena feo decirlo, pero es la realidad. Nunca hablamos de ello, pero es un hecho: trabajábamos para la misma empresa y yo tenía un cometido superior, estaba más solicitada, viajaba más, tenía mayores responsabilidades. Él se sentía, creo, algo frustrado, infravalorado. Nunca lo dijo, nunca discutimos sobre ello. Pero yo percibía como una especie de resentimiento en su silencio. Se encerraba en el estudio a leer sus gráficos sobre valores bursátiles, recortaba páginas de periódico y yo oía a través de la pared aquel continuo rumor de rasgones, como pequeñas bofetadas.

Nuestra casa era realmente muy grande, demasiado. Tenía una piscina interior que me daba miedo, en el semisótano. También un lavadero, una sala cuadrada y siempre oscura: yo pasaba por delante sin mirar dentro. No me gustaba pero era bonita, objetivamente, y la había elegido él. Un día llamé a un pintor para repintarla. Era italiano. Mathias andaba de un lado a otro con un espejito para ver si también había pintado los ángulos ciegos de los marcos de las puertas, se subía a la escalera para comprobar detrás de los armarios. Siempre con el espejito en la mano. Decía: es italiano, no te puedes fiar. Tuvimos una fuerte discusión en el coche. Era sábado, íbamos a la piscina con las niñas. Por qué has llamado a un italiano, gritaba, ya sabes que trabajan mal. Frenó, me hizo bajar, y se fue. Yo no quería preocupar a las niñas, sólo quería que dejara de gritar. Volví a casa a pie. Llegué al cabo de cuatro horas. En efecto, habían estado en la piscina. Alessia y Livia estaban excitadas y con las mejillas rojas: papá nos ha comprado chupachups gigantes, nos hemos divertido muchísimo, mamá. Él no me dijo nada del coche: no se disculpó, nada. Como si no hubiera ocurrido.

Nunca me levantó la mano. Era otra clase de violencia. Empecé a tener miedo de sus silencios. De sus pequeñas manías silenciosas. Del modo aparentemente indulgente en que destruía y rehacía por completo todo lo que había hecho yo. Ponía por todas partes post-its amarillos: instrucciones. En la nevera, en los armarios, dentro de los cajones. Decenas en el espejo del baño. Las instrucciones –órdenes– eran para mí. Acudí a un centro para mujeres maltratadas. No sabía a quién dirigirme para descubrir cómo comportarme en

aquella selva de reglas. Dibujaron una espiral. Me dijeron: señora, usted está aquí en el centro, en este punto. Si no reacciona acabará en el fondo. El final es siempre trágico. Salga. Fue allí donde oí decir «psicorrígido» por primera vez. Personalidad psicorrígida. Le propuse ir juntos a un psicólogo. Me dijo: iré, pero sólo si es alemán. Fuimos. Estuvimos mucho tiempo en tratamiento con una terapeuta de pareja. Cuando él desapareció con las niñas, nadie sintió la necesidad de pedirle su opinión a la terapeuta. Después de un tiempo Mathias eligió una psicóloga distinta, a la que iba solo, un par de veces estuvo con las niñas. También estuvo allí el jueves antes de desaparecer. Ni siquiera los investigadores hablaron con ella. Cuando la llamé yo, me colgó.

En los últimos meses de convivencia ya no dormíamos juntos. La casa era grande, había habitaciones vacías. No parecía un problema. Más que nada una cuestión de comodidad. Yo tenía horarios distintos, y me ocupaba de las niñas. Para él estaba bien así, nunca puso ninguna objeción. Para mí era una forma de sentirme más tranquila por la noche. Una de las últimas veces que habíamos estado juntos yo había percibido una prepotencia que desconocía y que me dio miedo. Algo malo. Yo estaba muy cansada, él estaba nervioso por ciertos temas de trabajo. Cuando le dije me voy a la otra habitación por un tiempo, no me puso ningún reparo.

La separación fue muy civilizada, tranquila. Estaba claro que como pareja no podíamos seguir. Para mí estaba muy claro. Mathias era contrario al principio, pero más que nada porque no podía concebir que yo actuara por iniciativa propia sin tener en cuenta su opinión. Eres mi mujer, me decía. Luego de repente dijo: está bien, como quieras. Alessia y Livia tenían ya cinco años. SaintSimon es un pueblo muy pequeño. Le propuse quedarnos nosotras tres en la casa y que él se fuera a un piso más cerca de su lugar de trabajo: vendría los fines de semana. Ni siquiera tomó en consideración la idea de dejar «su» casa. Me fui yo. A un piso pequeño, muy cerca del colegio de las niñas. Mathias adoraba a las niñas, las cuidaba de una forma maternal, y ellas le querían: con él se habrían ido al fin del mundo. En la casa grande – después de la separación– siempre estaba Dolores, la canguro de toda la vida. Mathias y Dolores se entendían, se encontraban muy bien juntos: ella

también cuidaba un poco de él. Le preparaba sus platos preferidos, le dejaba preparada la ropa que sabía que elegiría, era indulgente y al mismo tiempo solícita. En cambio, cuando Alessia y Livia venían a mi casa, durante la semana, estábamos sólo nosotras tres. No necesitábamos a nadie. Todo parecía funcionar.

Para las vacaciones de Navidad él propuso llevárselas tres semanas en barco con unos amigos nuestros. No era exactamente lo acordado, pero las niñas insistieron y yo dije: de acuerdo, id con papá. Hay fotos muy bonitas de aquellas vacaciones, yo estaba feliz de saberlas felices. A su regreso, en enero, Alessia y Livia volverían al colegio.

Estuvimos juntas dos semanas más.

Mathias se mostraba como siempre, impecable. El último fin de semana de enero tenían que estar de nuevo con él. Vino a recogerlas, luego me telefoneó el domingo y me dijo: no hace falta que vengas a llevártelas a casa esta tarde, están bien, están jugando en casa de unos amigos, no te preocupes. Mañana por la mañana las llevo yo al colegio. Tú vas a buscarlas a la salida.

Era el 30 enero de 2011. No he vuelto a verlas.

## 5. APRECIADA MISS M.

*A la atención de la conservadora del registro civil  
City Hall, Kenosha  
Wisconsin, EE. UU.*

Apreciada Miss M.:

Discúlpeme si mi insistencia le parece inoportuna, pero para mí resulta de vital importancia determinar la verdadera identidad de la familia de mi abuela. No se trata de curiosidad, o del simple legítimo deseo de conocer los propios orígenes. Si así fuera, comprendería las razones que los empleados de su oficina han opuesto a mi petición: nada prueba que mi abuela fuera hija natural de un miembro de la familia Jeffery, y por lo tanto no puede violarse la privacidad de personas oficialmente ajenas a mí, por más que lleven muchos años muertas. No tengo derecho a plantear la solicitud, me han respondido con firme cortesía.

Quisiera tratar de explicarle, si tuviera la amabilidad de leer las líneas que siguen, por qué creo en cambio que tengo, si no derecho, sí necesidad de conocer el origen de mi abuela Mayme Hallevi, nacida en Kenosha el 7 de octubre de 1914, llevada a Italia por su padre John cuando todavía era una recién nacida, y muchos años después desposada con Giuseppe Lucidi, mi abuelo paterno.

Ante todo me presento. Me llamo Irina Lucidi. Soy abogada. Soy italiana de madre alemana. Crecí en Bélgica y he vivido en muchas partes del mundo, también durante largo tiempo en Estados Unidos, por trabajo. Estoy casada con un suizo alemán y es en Suiza donde he pasado estos últimos años. Soy madre de dos niñas, Alessia y Livia, nacidas el 7 de octubre de 2004, exactamente noventa años después que mi abuela Mayme. Por desgracia, desde hace unos años Alessia y Livia ya no están conmigo, me las arrebató su padre y no tengo noticia de qué ha sido de ellas. En estos difíciles y dolorosos años de búsqueda de las niñas muchas veces, en la soledad de las noches, he visto enredarse hilos de fechas recurrentes, destinos que se repiten. He recordado y ordenado las pocas noticias espigadas con los años, en mi casa,

sobre la historia de mis abuelos y bisabuelos. Una historia que nadie ha contado nunca toda entera, pero que –ahora por fin lo sé– es esta que estoy a punto de escribirle.

Los Allevi, sin hache inicial en el apellido, son originarios de Visso, un pueblo de los Montes Sibilinos. Estas montañas, señora, son un lugar de espectacular y misteriosa belleza: se llaman así porque se dice que en ellas habitaba la Sibila Picena, una sibila que, según cuenta una antigua leyenda, hizo prisionero a un caballero que había acudido a ella para conocer la verdadera identidad de sus padres. También aquel caballero, fíjese, como yo.

Los Allevi eran muy pobres. A mediados del siglo XIX uno de ellos emigró a Irlanda para buscar trabajo, conoció a una bailarina, tuvieron siete hijos, al último de los cuales llamaron Giovanni, John para su madre. Inmediatamente después del nacimiento del último hijo –mi bisabuelo– su madre, la bailarina, abandonó a la familia y huyó a América. Al cumplir los catorce años, John decidió ir a buscarla. Necesitó, quiso: digamos decidió. Se embarcó rumbo a Estados Unidos. He localizado los documentos en Ellis Island: delante de su apellido aparece una hache, sin duda un error de transcripción. John Hallevi llegó, pues, a Kenosha. Encontró trabajo como mozo de almacén en una fábrica de bicicletas, la Gormully & Jeffery Manufacturing. Thomas Jeffery, socio fundador, empezaba por entonces a diseñar los primeros automóviles. Eran muy bonitos: carruajes descubiertos con motor. Cuatro grandes ruedas, un asiento, un volante. En las fotos, búsquelo, un hombre con chistera y chaleco mira a la cámara rebosante de viril poderío, sonríe. Jeffery creó la Rambler, una sociedad que se vendió muchos años después a General Motors. John se fue a trabajar con él. Mientras tanto se había prometido y luego casado con una italiana de Kenosha, Domenica. Todavía hoy es habitual que los inmigrantes se junten entre ellos. Así que imagínese entonces. Giovanni y Domenica tenían ambos menos de veinte años.

Aquí el relato que he tratado de espigar en casa se confunde. Nadie parece querer hablar de esta historia. Que, sin embargo, es sencilla. John se enamoró de la hija del propietario de la fábrica en la que trabajaba. Ella se enamoró de él. Probablemente también ella estaba ya casada. De su relación nació una niña, Mayme. El dueño de la fábrica mandó llamar a mi abuelo y le hizo la siguiente oferta: coge a la niña, muchísimo dinero para su dote, y vuelve con ella a Italia junto con tu mujer Domenica. Tenía que ser de verdad muchísimo dinero. John aceptó. Volvió a Ascoli Piceno y con aquel dinero compró la

tierra, mucha tierra. Llegó a ser el mayor latifundista de la región. Un hombre nacido pobre, ahora muy rico y temido. Su hija Mayme, de muchacha, se casó con Giuseppe Lucidi, mi abuelo: en los años del fascismo Giuseppe se convirtió en podestà<sup>1</sup> de la zona. Tuvieron a Pietro, mi padre.

De su abuelo John, mi padre recuerda que lo llevaba en coche de caballos a visitar las propiedades. Que bebía whisky incluso por las mañanas. Que iba a visitar a algunas señoras, en las casas de los campesinos, y le decía: Pete, tú espérame aquí y cuida de los caballos. La abuela Domenica, cuenta mi padre, vivía recluida y casi nunca salía. Hablaba un italiano extraño. Mayme no era hija suya, pero la crió queriéndola como si lo fuese, no tuvo más hijos. Vivió sola con aquella única criatura, rubia y tan diferente de ella, a un océano de distancia de su familia.

La verdadera madre de Mayme, la hija del propietario de la fábrica de Kenosha, cayó —se murmuraba algunas noches— en una profunda depresión. Fue ingresada en un sanatorio y nunca más volvió a dar noticias suyas, ni nadie las buscó.

Como comprenderá, señora conservadora, ahora no hago más que pensar en esa mujer sin nombre, mi verdadera bisabuela, a quien un día el hombre al que amaba le arrebató a su hija y no la volvió a ver jamás. Esa mujer que trajo al mundo a una niña noventa años antes de que yo trajese al mundo a las mías, el mismo día del mismo mes, y que justamente como yo se vio privada de su hija por el hombre al que había amado, al que seguramente amaba todavía y en el que confiaba. La imagino, la invento. Le doy nombres, la veo. Siento su impotencia frente a la voluntad feroz e inflexible de su padre. Siento su esperanza de que aquel muchacho moreno, aquel italiano llamado Giovanni, rechazara la horrible oferta: dinero por hacer desaparecer a la hija y abandonar a la madre, olvidarla. Pienso sus pensamientos, logro pensarlos en su lengua, que también ha sido durante mucho tiempo la mía. La sueño. Imagino su incredulidad ante la noticia de que el amado y la hija recién nacida han partido, de que ya no volverá a ver a la niña. Entiendo mucho más de lo que soy capaz de explicarle ahora la tentación de desaparecer sin dejar rastro. El deseo de olvidar por completo, y como no se puede olvidar a un hijo, la tentación —entonces— de morir. Por desgracia, el dolor por sí solo no mata. Veo a esa bisabuela sin nombre en el sanatorio donde su rica y poderosa familia la recluyó para borrarla del horizonte de la dinastía. Vivo sus días. Luego me apresuro a pensar, al otro lado del mar, en Domenica, la

italiana de América obligada a volver a un país que es suyo pero no es suyo con una hija que es suya pero no es suya, a vivir en una tierra remota y extraña con un hombre que amó a otra mujer sin tener el coraje de amarla de veras y que finalmente le infligió la pena de su arrogante cobardía, de su interés privado. Una mujer, Domenica, que no tuvo hijos propios, que quizá no volvió a tener un lecho conyugal ni, sin duda, otro amor. Por fin pienso en John, en el día en que su patrón lo llama para decirle: aquí está el dinero, vete y llévate a la niña, desapareced. Podía haberse negado, pienso. Éste es el punto exacto en el que una película tendría un final distinto: en una película John arrojaría al aire los billetes sobre el escritorio de nogal del señor Jeffery, saldría dando un portazo, iría corriendo a buscar a la madre de Mayme y huiría con ella y con la niña para hacer su vida.

Pero John aceptó el dinero. Así que atravesó de nuevo el mar, y de Mayme, en Ascoli Piceno, nació muchos años después Pietro. De Pietro nací yo. De mí vinieron al mundo Alessia y Livia, de nuevo el 7 de octubre, y también yo ahora, como aquella bisabuela que no conozco, vivo sin mis hijas.

Para mí, señora conservadora, todo lo demás palidece frente a la necesidad de saber si acaso no vivimos en un tiempo que no discurre a lo largo de una línea temporal sino que, en cambio, está todo y siempre presente a la vez, está todo aquí, un tiempo en el que lo que ha ocurrido lo que ocurre y lo que ocurrirá habitan el mismo espacio. Sólo que nosotros estamos ciegos y no lo vemos, para salvarnos olvidamos, creemos que somos lo único presente e importante y en cambio somos simples frutos de un árbol que repite, con las estaciones, las mismas y diversas hojas, los mismos y diversos frutos. Llevamos las huellas del rayo que nos alcanzó antes de que naciéramos, completamos y repetimos el diseño de las mujeres y los hombres que nos precedieron.

Como sabe, señora conservadora, la llave de mi petición también está en sus manos. Para mí, desde que desaparecieron Alessia y Livia, vivir se ha hecho infinitamente más fatigoso pero también inexplicablemente más sencillo. Todo es ahora elemental, muy claro. Basta entender cuál es nuestro lugar en la historia. Estas excesivas líneas mías pretenden decirle que yo, usted y Mayme formamos parte de un solo relato, todo aquí hoy, todo ahora, y que el legítimo respeto a la privacidad de los muertos es bien poca cosa en comparación con el papel que la suerte les asigna en este momento. El nombre de las cosas, señora conservadora, es sólo un título que damos

nosotros, para orientarnos en nuestros días, al destino del que somos eslabones: de manera que todo pueda parecernos una elección. El nombre de mi bisabuela es un secreto que usted custodia y que yo vivo en mis carnes. Podemos fingir que elegimos qué es justo, como siempre, o rendirnos a la fuerza que nos pare y nos anula y nos hace vivir de nuevo. Si no lo hacemos nosotros, usted y yo, serán nuestros hijos, estoy segura de ello, quienes reanudarán la trama de este diseño. Respeto las consignas de su oficina. Sea lo que sea lo que decida usted hacer –después de haber escuchado esta historia– será lo que tenía que ser, de manera que le doy las gracias en cualquier caso.

Best wishes,

I.

## 6. ESQUELA

Cuando murió Mathias su madre publicó en el periódico una esquila con mi apellido después del suyo. Mathias Schepp Lucidi. Algo completamente sin sentido. Los hombres no toman el apellido de la mujer en ningún lugar del mundo, que yo sepa. Desde luego no en Suiza. Además él era suizo alemán, yo italiana. Él hombre, yo mujer. Valía menos –a sus ojos– desde cualquier punto de vista. Cuando estábamos juntos, antes, ni siquiera me llamaban por mi nombre: mi mujer, mi nuera, mi cuñada. Me señalaban y me presentaban así. Un papel junto a un atributo de posesión. Nunca, casi nunca, les oí decir: Irina. Quizá sólo en los reproches. Luego él se suicidó, y su madre puso aquella esquila. Mi apellido, italiano, impreso después del suyo en un periódico alemán.

¿Por qué lo hizo? No lo entiendo.

¿Qué quiso decir?

No me lo explico, no lo entiendo.

## 7. QUERIDA ABUELA

Querida abuela:

¡Cuánto me ha hecho reír tu carta! ¿Sabes que ya no conozco a nadie que escriba a mano con tinta? ¿Sabes que yo no sería capaz? Y además con esos caracteres góticos, como te enseñaron en la escuela de niña. ¡Altdeutsche Schrift! Resulta conmovedor imaginar el tiempo que se necesita para escribir así una carta, y cuántos instrumentos, y el esmero. Hasta el secarfirmas con la hoja de papel secante, hasta pensar en él me ha emocionado. Estaba sobre tu escritorio y en la franja blanca había restos de palabras, a veces sólo sílabas, una letra mayúscula: todas superpuestas y mezcladas en direcciones distintas, algunas nítidas otras desvaídas, un jeroglífico indescifrable como las huellas de pensamientos ya pensados que han quedado allí, enganchados en el papel y en el aire. Pasaba mucho tiempo adivinando qué habías escrito, a quién. Imaginaba a personas desconocidas, gente de tu vida y no de la mía, a la que escribías durante horas, en silencio. ¿A quién escribías, abuela?

Sí, claro que me acuerdo del vestido de color malva que te pedí que me enseñaras: estaba segura de que era el de una princesa. Es decir, tuyo de cuando eras princesa: con el rey el caballo las carrozas y el castillo de los que siempre me hablabas, los que me describías antes de ir al teatro a ver ópera. Recuerdo el color del armario que lo custodiaba, tenía una puerta un poco hinchada como si la madera formara una joroba, una especie de onda, y aquellos tiradores dorados que semejaban los pétalos de una flor. Recuerdo el ruido con el que se abría y el olor que había dentro. Un olor que sabía en parte a medicina, en parte a hierbas de montaña. Es el polvo mágico que hace que las telas se mantengan siempre hermosas, me decías cuando me apartaba de la sombra de los vestidos con la mano en la nariz. Tu armario pica la nariz, abuela, te decía. Recuerdo aquella vez que lo cogiste encontrándolo a la primera sin mirar siquiera, tu mano se metió dentro y salió sujetando el vestido de novia, de reina, de sirena, tu vestido de aquel color que no he vuelto a ver jamás en ningún mercado de Oriente en ninguna tienda de América. Lo alzaste con un gesto rotundo del brazo y te apoyaste la percha de raso a la altura del cuello. Luego pusiste aquella sonrisa e hiciste una especie

de paso de baile, detrás de tu vestido de hada, y el vestido se movió como si le hubiera dado el viento.

Abuela. Claro que sería el más hermoso de los regalos para mi cumpleaños, me ilumina el solo pensamiento de tenerlo aquí en mi casa, lo tendría colgado en los estantes de las librerías, en los clavos que sujetan los cuadros, lo haría ir de habitación en habitación para tenerlo siempre a la vista mientras estudio y mientras escribo. ¿Sabes que estoy trabajando en una película para niños?, ¿recuerdas que te hablé de ello? Pero no te he dicho que hay un chico, en la historia, un muchachito con el pelo rojo que quiere ser caballero, estamos en el Medievo de los reyes y los dragones, de las espadas y las justas a caballo, y hay una niña, su compañera de juegos y de aventuras, con los ojos grandes y almendrados, y un mechón de cabello que siempre le cae sobre la frente. Hermosa como una princesa, mi princesa. Yo que siempre recogía todos los relatos del mundo cuando viajaba a países lejanos, que siempre volvía a casa con una nueva e increíble historia que contar y enseñar a las niñas, ¿recuerdas cuántos libros de cuentos teníamos en todas las lenguas? Pues ahora tengo mi princesa, realmente mía. La cambio de vestido la hago moverse, aquí en la oficina donde trabajo hay ordenadores enormes, y dentro de los ordenadores dibujos que se encadenan unos a otros y se convierten en una película. Se colorean, se animan, cobran vida como los sueños.

Granada es una ciudad estupenda. Marruecos está más cerca que Bruselas, ¿sabes? Llega el viento de mar que viene de otro continente, se percibe el olor de África. ¿Hacemos juntas un viaje a África, abuela? ¿Me acompañarás? Los chicos que trabajan en los dibujos animados me parecen todos, también ellos, salidos de un cuento. Se asemejan a los personajes que dibujan, vistos en conjunto son un espectáculo. Uno alto y delgado, uno bajo y rechoncho, una con rizos negros y zapatos de punta, una con falda de tul y botas por encima de la rodilla, flaca flaca. Siempre ríen, siempre hablan, beben a cada momento café y comen pastelillos de canela sin descanso, como niños. Uno de ellos es Luis.

Ya lo sé, te dije que te hablaría de ello en persona, pero va pasando el tiempo y me parece que los nuevos recuerdos desplazan a los viejos, me da miedo que cuando nos veamos tenga tantas cosas que contarte que ya no sepa

dar las palabras justas a cada una de ellas. A veces las palabras se enredan, otras se consumen. Otras veces incluso llegan con retraso y ya no sirven para decir lo que queríamos. Las palabras son mecanismos de precisión. En tu lengua, en nuestra lengua de cuando era niña, son encajes y composiciones perfectas, exactísimas. Pero también tienen su ritmo, es muy importante encontrarlas a tiempo. En fin, hay una cosa que quiero contarte ahora, sólo una.

A Luis lo conocí por casualidad, en Indonesia, un día en que el guía al que había pedido que me acompañara a cierta aldea –iba a visitar una escuela de la que me habían hablado mucho, un centro para niños– me dijo: sí, puedo acompañarla por la tarde. Pero si no le molesta, vendrán con nosotros dos españoles. Si no le molesta. ¿Ves por ejemplo la palabra molestar, cómo cambia cuando la utilizas tanto? A mí no me molesta nada, abuela. Ya nada me molesta de veras. Todo me parece una sorpresa y un regalo. Cuando oigo que las personas que me rodean se afligen por cuestiones tan pequeñas pienso estad atentos, no juguéis con el dragón: podría despertarse. Si estoy muy cansada, o demasiado habitada por las voces y los rostros que faltan, entonces simplemente no me doy cuenta de lo que me rodea. Así es que no, nunca me molesta nada.

Luis y su compañera de viaje, una amiga, no sabían nada de mí ni yo de ellos, naturalmente. Compañeros ocasionales de viaje. El trayecto hacia la aldea lo recuerdo a duras penas. Luis debía de ir sentado a mi espalda: si me esfuerzo en recordar aquel día me parece sentir la sombra de una presencia en el asiento de detrás del mío. Yo miraba fuera por la ventanilla, hablaba sólo con el guía. Los niños de la escuela eran maravillosos, abuela. Descalzos, en clase, en pupitres disparejos. Sabían algunas palabras de inglés, les conté historias y les hice dibujos, ellos me enseñaron los suyos. Dos los he conservado. Los tengo aquí ahora sobre el escritorio. Niños de seis años, como las nuestras.

Al día siguiente estaba de nuevo en la ciudad. Entraba en una oficina de correos para enviar cartas y algunos objetos a casa. Parece realmente increíble, en una ciudad tan grande, tan abarrotada de personas que corren a pie, tan bulliciosa y distraída, pero sucedió esto: nos tropezamos en la puerta de la oficina de correos. Yo entraba, él salía. Me reconoció, yo no habría podido. Qué sorpresa, dijo. Y enseguida, llevado por un impulso: ¿por qué no cenamos juntos esta noche? Nosotros nos quedamos sólo un día más, mañana

tenemos el avión de regreso. Es la última noche, estaría bien celebrar este encuentro.

Luis tenía un inglés tan incomprensible, con un acento tan extraño, que le pedí que mejor hablara en español. Yo no entendía todo lo que decía, pero algo sí. Es bonito el español. Él y su amiga tenían una forma de decir las cosas que semejaban estrofas, parecía una canción que supieran de memoria. Ella empezaba y él terminaba, y viceversa. Los dos, como en un estribillo, decían a menudo: *todo cuadra*.<sup>2</sup> ¿Qué significa *todo cuadra*?, pregunté al final hablando despacio en inglés. *Todo cuadra*, abuela, significa que al final cada cosa va a su sitio. Luis lo dice a menudo. Como yo digo: ¿de veras?, como tú dices: ¿de acuerdo? También lo dice cuando parece que no encaja con el discurso, pero al final siempre encaja. *Todo cuadra*.

Nos intercambiamos la dirección de correo electrónico, nos escribimos. Mi viaje solitario duraba todavía muchas semanas, él volvía a España. De tanto en tanto, cuando lograba conectarme a internet descargaba el correo y encontraba sus cartas. Imagino que buscaría información en la red, vería los periódicos, alguien le contaría mi historia. Yo no, desde luego. Nunca hablamos de ello por correo electrónico. Nuestras cartas eran largas y preciosas. Allí yo podía ser sólo Irina, volvía a ser Irina y nada más. Le hablaba de mí de las cosas que veía le describía los lugares los pensamientos, intercambiábamos música y fragmentos de lectura. De los hechos nunca dijimos nada, él no preguntó. Fue entonces, abuela, cuando imaginé que la vida podía volver a pertenecerme. Porque tú lo sabes: hacía mucho tiempo que ya no me pertenecía, hacía muchos años que ya no era yo. Desde que se fueron Alessia y Livia, simplemente, yo también había desaparecido.

Cuando regresé a Europa él me pidió que volviéramos a vernos. Me invitó a Granada, su ciudad. En realidad, decía, sólo nos habíamos visto una noche cenando. Además del trayecto hacia la aldea, ciertamente: pero en ese caso sólo había visto mi nuca. Siempre me hacía reír, en cada carta. Yo le dije: no, Luis. No quiero volver a verte, no quiero ver a nadie. No puedo, no me interesa, no tengo ni fuerzas ni ganas. De verdad, no te ofendas. En mi

interior no hay sitio para nadie: todo el espacio está ocupado ya. Perdóname, pero no. Sigamos escribiéndonos, si quieres.

Unas semanas después tuve la presentación de la fundación Missing Children Switzerland en Bruselas. Una ceremonia pública, muy importante: se nos reconocía como parte de una red europea. Estaríamos en contacto con las asociaciones gemelas de toda Europa. Las investigaciones, los apoyos, nuestro trabajo al servicio de los niños desaparecidos y sus familias adquirirían una nueva fuerza.

Yo estaba detrás de un escritorio, algo elevado, en una sala de conferencias. Hablaba al público, era una sala pequeña pero abarrotada, calurosa. Sólo al final vi a Luis: de pie, apoyado en la puerta de entrada, al fondo. Había venido de Granada sin avisarme. Había buscado el lugar y la hora de la conferencia, había cogido un avión y había venido a escuchar. Cuando terminamos de hablar, los otros integrantes de la asociación y yo, nos vimos rodeados por decenas de personas que querían darnos su tarjeta, o tenían algo más que preguntar, una historia que contar. Nosotros seguíamos sentados, con decenas de personas de pie a nuestro alrededor: interesadas, amables. Cada una de ellas merecía la máxima atención. Luego percibí su voz profunda. Su rostro a pocos centímetros del mío. Me dijo: he venido a traerte mi regalo de cumpleaños. Me puso en la mano una bolsita de tela muy pequeña, me sonrió y se fue.

Había un manojito de llaves, abuela, en la bolsita cerrada con una cinta. Llaves, una tarjeta con una dirección y este texto: *Son las llaves de mi casa. También es la tuya. Puedes usarlas cuando quieras, incluso nunca. Son tus llaves. Todo cuadra, love.*

Pasaron muchos meses antes de que pudiera permitirme volver a encontrarme con él. No en su casa, desde luego que no. En Ámsterdam. Tuve que ir por la fundación, se lo dije: si quieres podemos encontrarnos allí. Fue bonito, en Ámsterdam. Con él volvía al instante a ser sólo Irina. No hablamos nunca de los hechos, nunca. Los llevábamos con nosotros sin mencionarlos. Luis tiene dos hijos mayores de un matrimonio anterior. Sabe de matrimonios, de hijos. Sabe de dolor. Cuando entré en su casa de Granada

por primera vez, mucho tiempo después, me enseñó las habitaciones. Cuando llegamos a las de sus hijos, en el piso de arriba, me dijo: éste es el cuarto de L., éste el de F. Pero si vuelven las niñas L. y F. estarán juntos en uno, y ellas dos en el otro. Así, como un sencillo hecho. Como una posibilidad. No volverán, abuela, lo sé. Pero no podría vivir sin saber que en mi casa hay un sitio para ellas. El sitio que las espera, si llamas a la puerta y preguntaran: en esta casa, mamá, ¿dónde está nuestra cama?

El cumpleaños de las llaves fue hace dos años. La idea de que tú quieras enviarme ahora por correo el vestido de princesa, para el próximo, me hace sentirme como si tuviera dieciséis años. En cambio, abuela, dentro de unos días tendré cuarenta y ocho. Y no soy bonita como lo eras tú a los veinte, cuando en las fiestas debías de parecer una nube de lilas. No soy alta como tú, ni rubia, no puedo hacerme aquel moño que visto de espaldas me parecía un volcán de nata, ni tengo tus ojos a juego con el vestido. Porque era ésa la razón, ¿no? Lo elegiste porque era del color de tus ojos. Sólo ahora lo entiendo, ahora lo sé. Solamente tú, abuela Klara, puedes ser la princesa de aquella fiesta. Pero te prometo que, a escondidas, me lo pondré al menos una vez. Me pondré de pie sobre un taburete, así lo cubrirá y podrá caer hasta el suelo, luego me haré una foto en el espejo y te la mandaré por correo electrónico. Has aprendido a abrir los adjuntos de los correos, ¿verdad, abuela? Acuérdate de cómo se hace, ya te lo expliqué: basta llevar la flecha sobre la imagen y hacer clic dos veces. Pero sí sabes hacerlo, perdona. También me pondré un sombrero, si encuentro uno que combine con ese color, así esconderé mi pelo corto de chico. Un sombrero de rafia, aquí en Granada hay muchos, con una flor. Un día, antes o después, volveré a dejarme crecer el pelo, abuela. Como lo llevaba de pequeña. Cuando me llegue al menos hasta los hombros llamaré a tu puerta. Será mi regalo por tus cien años, que son apenas un puñado y parecen sólo un aliento. ¿Hacemos este pacto?, ¿quieres tener un secreto conmigo?

Eres la maravilla de la vida, abuela.

Ich liebe dich. *Te quiero con locura.*<sup>3</sup>

## 8. YO QUE TÚ. BALLENAS

*Fue así, con las ballenas, como me hablaste sin más preámbulos de Alessia y Livia, tus hijas. «Siempre he soñado con el agua, el mundo bajo el agua. Luego un día, cuando Alessia y Livia ya no estaban, soñé que estaba en una especie de ciudad de madera oscura, construida sobre pilotes, en medio del mar. Una ciudad flotante. Dentro de la manzana de casas, como si hubiera una especie de patio interior hecho de mar, había dos ballenatos jugando. Se perseguían, exhalaban soplidos altísimos, se tocaban morro con morro y luego desaparecían debajo para reaparecer de repente, un juego del escondite. Hacían un ruido sutil como si rieran. Ellos vivían allí. Eran las crías de ballena de la ciudad. Estoy segura.»*

## 9. APRECIADA SEÑORA S.

Apreciada señora S.:

Me temo que desaprobará mi decisión de escribirle porque, como muchas veces nos ha repetido, el sentido de la terapia de pareja que seguimos Mathias y yo bajo su dirección prevé que toda cuestión sea compartida. Que nos digamos el uno al otro, justamente, delante de usted, lo que nos molesta y lo que nos abruma de manera que juntos, hablando de ello, logremos resolverlo. Hablar sin cortapisas, eso nos invita usted a hacer: no dejar nada fuera de su despacho.

Sin embargo, de nuestros dos últimos encuentros, esta semana, he salido con una sensación de gran opresión y me atrevería a decir de exclusión. He tenido la sensación, señora S., de que entre usted y mi marido se ha creado un consenso que de algún modo me atribuye la responsabilidad de lo que está ocurriendo. Como si Mathias fuera la víctima de mi decisión de separarnos, y como si mi decisión fuera no digo un capricho, pero sí una deplorable por más que legítima arbitrariedad. Sé que no puede ser así, que usted no juzga y aún menos toma partido por uno u otro. Pero ésa es la sensación que tengo y –de acuerdo con sus indicaciones– creo que debo expresárselo. Me resultaría dificultoso decirlo delante de Mathias: temo que la pondría en un apuro y en situación de tener que defenderse, temo que mi marido terminaría por ponerse de su parte y eso haría crecer en mí la sensación de la que le hablo. Por eso después de mucho reflexionar he decidido, esta noche, escribirle en privado.

Quisiera hablar también con usted, señora, de la cuestión de los post-its. Me pareció que la liquidaba como una extravagancia, incluso me pareció entrever en su rostro una especie de sonrisa. Casi no me dejó terminar de contarle, mientras Mathias sacudía la cabeza escuchándome. Dijo usted: sí, pero aparte de las notas con instrucciones sobre cómo cerrar la puerta ¿hay algo más de lo que quieran hablar ahora? Como diciendo: algo más relevante.

No, no hay nada más relevante para mí en este momento. Yo no sé cómo será su casa, señora S., ni con quién vive y –naturalmente– no puedo preguntárselo. Pero me gustaría saber cómo actuaría usted si al abrir los ojos por la mañana encontrara pegada a su lámpara, en la mesilla de noche, una

nota que le explica cómo encender la luz del baño: *Primero cerrar la puerta, luego encender la luz*. Si al bajar a la cocina para preparar el desayuno a las niñas encontrara otra con la ración de cereales que hay que verter en las tazas y qué tipo de leche usar, y a qué temperatura. Me pregunto si de verdad le parecería un hecho divertido, extravagante, venial. Es posible. Puede que yo sea demasiado susceptible. Pero deje que se lo explique mejor. Sólo esto, contarlo, ya me resulta útil.

La primera vez que encontré pegada en el armario de Alessia y Livia una lista de los vestidos que tenían que ponerse, descritos minuciosamente en dos columnas verticales y paralelas con los nombres de las niñas arriba en letra de imprenta, pensé que era un detalle y hasta a mí me entraron ganas de sonreír. Mathias no soporta que las niñas vayan vestidas igual, cosa que en efecto y de completo acuerdo no hemos hecho nunca, pero ocurría a veces que por las prisas de vestirse para la escuela podían llevar –qué sé yo– las mismas medias. Que además todas las medias se parecen, no es que una esté precisamente ahí mirando si son las de los globos o las de las margaritas. A veces se compran en paquetes y las hay iguales, a veces las que buscas están para lavar y coges otras sin mirarlas siquiera. En fin, ocurría. Así pues, la primera vez que encontré la lista me limité a seguir las indicaciones, que preveían incluso el orden con el que había que ponerles la ropa: primero la camiseta de tirantes, evidentemente, la de rayas para Livia y la lisa para Alessia, luego la camiseta de manga larga, el verde y el amarillo, luego la blusa, dos blusas distintas. En los días y las semanas siguientes las indicaciones escritas se multiplicaron. A veces, cuando eran demasiado largas para caber en un post-it, eran hojas blancas de impresora pegadas –por ejemplo a la nevera– con celo: *La leche hay que calentarla en la lechera y no en el microondas, hay que verterla después de haber puesto los cereales en la taza y no antes*. Cosas así. Cosas que yo siempre he hecho habitualmente. Pero un día aparecieron como instrucciones escritas. Y pronto se convirtieron en órdenes: del infinito al imperativo. No *Cerrar*, sino ¡*Cierra!* Estos detalles, estos pequeños hechos domésticos, pueden realmente pasar a un segundo plano en la vida familiar. Si una tiene prisa, si una tiene miedo de provocar discusiones inútiles, si una piensa que en el fondo es sólo una debilidad del otro, y desde luego cuando te sientes más fuerte que las debilidades ajenas, sucede que las favoreces, las comprendes de algún modo, y al final las toleras. Es, en cierto sentido, un acto de soberbia. No niego

haber experimentado ese estado de ánimo: más sólida que la debilidad ajena, capaz de soportarla con indulgencia.

Luego una tarde vino a casa la madre de Elisabeth, vino a llevarse a su hija y se quedó a tomar un té. Me preguntó, sonriendo: ¿tenéis una nueva canguro? Miraba las indicaciones pegadas en cada puerta de armario, hasta detrás de la puerta de entrada había una: *Al volver cerrar con una o tres vueltas, en todo caso siempre en número impar, y dejar la llave en la cerradura.* ¿Tenéis una nueva canguro?, preguntaba. Y así, a través de los ojos de aquella persona ni extraña ni amiga, vi claramente la situación en la que estábamos viviendo. No, no teníamos una nueva canguro. Aquellas meticulosas instrucciones de uso iban todas destinadas a mí. Instrucciones acerca de cómo comportarse con Alessia y Livia, sobre cómo garantizar la seguridad —cómo no correr riesgos— estando dentro de casa. Sobre cómo atrincherarse en casa, diría ahora. Todas adecuadas, no me malinterprete. Todas ellas recomendaciones sensatas. Pero, señora S., le pregunto: aun admitiendo que la persona con la que se vive padezca de ansia de control, como usted la llama, y por lo tanto se pueda comprender y tolerar que sienta la necesidad de especificar cómo deben realizarse cada una de las acciones más naturales, entonces, le pregunto, ¿cómo se sentiría usted si al moverse por su casa, en su vida cotidiana, se encontrara rodeada de notas que la conminan a comportarse como usted ya se comporta? ¿Lograría habituarse en silencio? Si por añadidura la persona que las ha escrito estuviese allí, presente junto a usted, ¿le parecería natural que en lugar de confiar en decirlo de palabra, o una sola vez —por ejemplo: cierra siempre la puerta con tres vueltas, es más seguro—, decidiera callar y escribir, decorar la casa entera con protocolos e instrucciones?

Porque ya ve, señora. Hasta puede parecer un detalle extravagante. Al contárselo a una amiga a lo mejor te sientes incluso en la obligación de minimizarlo, de sonreír justo como hizo usted el jueves pasado. Así lo hice con la madre de Elisabeth, en efecto. Sonreí. Le dije: no no, son cosas de Mathias, una costumbre suya. Qué curioso, qué extraña manía. Por lo demás, cada uno tiene las suyas. De ningún modo queremos poner en la lista negra las debilidades íntimas de cada cual. El matrimonio es un pacto sellado sobre las necesidades recíprocas. Pero yo le aseguro que siento una gran opresión en el pecho cuando al tostar el pan de molde para la merienda leo en la pared cuántos minutos tengo que dejarlo en la tostadora, y no me hace reír. Antes

bien, en parte me angustia. Hasta me asusta un poco. Me hace sentirme inútil, equivocada, incapaz. Incluso me hace sentirme más oprimida que cuando era jovencita y mi padre me decía: he dicho que esa camiseta no está bien, así que haz el favor de volver a tu habitación y cambiarte. Me coge una especie de rabia, señora S., y un deseo de huir que creo que podría ser un tema del que deberíamos hablar en su consulta. Así pues, espero que no juzgue demasiado inoportuna esta carta después de haberla leído. En el fondo sólo quería preguntarle si no podríamos, en nuestro próximo encuentro, examinar juntos –tal vez a petición suya, se lo agradecería, me sería de ayuda con Mathias– la cuestión de los post-its.

Cordialmente y con renovada confianza,

I.

## 10. DOLORES

No recuerdo con precisión la primera vez que vi a Dolores. Sé que debería. Hay madres que tardan meses en encontrar una niñera. Procesos de selección, períodos de prueba... Recuerdo a una que trabajaba conmigo y que necesitó dos años: no hablaba de otra cosa, no le iba bien nada ni nadie. Se convirtió en una obsesión: hasta en la máquina del café en la oficina, con quienquiera que fuese, no hablaba más que de aquello. Cómo elegir a la persona adecuada. Me daba un poco de risa. ¿Adecuada para quién? Adecuada para ella, pensaba yo. Adecuada para colmar su sentimiento de culpa, y por lo tanto imposible de encontrar. Los niños se adaptan. Nuestra infancia, la mía y de mi hermano, fue desde ese punto de vista sencilla y desordenada a la vez. No me parece que nuestros padres dieran nunca demasiada importancia a las personas con las que nos dejaban. Una abuela, una canguro, una persona amiga. Ellos hacían sus cosas, y nosotros también pasábamos mucho tiempo solos. No éramos nosotros quienes dictábamos la agenda diaria, sino al contrario. Yo pasaba tardes enteras sentada en el sofá con mi abuela, que me leía libretos de ópera. Éramos nosotros quienes nos adaptábamos al ritmo de los adultos, a sus gustos y a sus costumbres. No al revés. De Dolores recuerdo la impresión de una mujer madura, maternal y sencilla. Era la primera persona a la que veía para aquella tarea. Yo era muy feliz. Estaba embarazada de dos gemelas, feliz. Le ofrecí el trabajo, lo aceptó con palabras de gratitud.

Me la había recomendado el conserje del edificio donde vivía en Lausana. Yo había ido preguntando un poco por ahí si había alguna señora dispuesta a venir por un tiempo a Italia. Mathias estaba en Bolonia por trabajo y sin duda, al menos los primeros meses después del parto, yo estaría en Italia con él. La señora de la portería tenía una conocida que buscaba trabajo. Era española, me dijo. Estaría disponible y hasta contenta de partir.

Dolores es de La Coruña, una ciudad donde España limita con el océano. Para ir hacia delante, desde su tierra, sólo se podía avanzar por mar: hacia Sudamérica. Ella, la mayor de ocho hermanos, de familia paupérrima, se había casado muy joven con un portugués y le había seguido a Bélgica. Había ido hacia atrás, no hacia delante. Un país extranjero a su espalda. Debía de haber tenido una vida muy infeliz. Hablaba muy poco. No sabría decir cuántos años tenía, no me acuerdo. Las «cosas» de antes ya casi no las recuerdo. No es verdad que el olvido no existe. La cabeza selecciona, archiva constantemente y descarta mucho. Deja espacio, compacta. A lo mejor no elimina del todo pero comprime en un formato ilegible. Aunque te esfuerces no encuentras la clave, ya no puedes descifrarlo.

Cincuenta y cinco, quizá. Entre cincuenta y sesenta años. Era muy maternal con Alessia y Livia. Cualquier cosa que necesitaran ella ya la había pensado, preparado, previsto. Llegaba pronto por la mañana y estaba con ellas hasta las seis de la tarde. Yo las llevaba al colegio a las ocho, ella iba a buscarlas después del almuerzo. Por las tardes Mathias solía volver pronto. Yo viajaba con frecuencia. Por entonces era la responsable de Asia en mi empresa, e iba allí a menudo. Podía viajar poco tiempo pero a menudo o durante más tiempo y más de tarde en tarde. Varios días en un mes, varias semanas en un trimestre. Cuando yo no estaba, Dolores y Mathias cenaban juntos después de haber acostado a Alessia y Livia, y a veces ella se quedaba a dormir. Tenía su propia habitación. Con Mathias tenían una conexión especial. Se reían mucho. Imagino que ella lo cuidaba como él habría deseado que yo lo hiciera. O como habría querido que hubiera hecho su madre, si es que un niño puede desear algo que no conoce. En cualquier caso Dolores era perfecta para ellos. Yo nunca he sido celosa, desconozco los celos. Veía que Alessia y Livia estaban muy apegadas a ella, que tenían siempre su nombre en la boca. En sus necesidades, en sus historias. No era celosa, no. El amor se multiplica, no se divide.

De vez en cuando, en las palabras de los extraños, percibía desaprobación por el hecho de que yo a veces estuviera ausente, lejos por el trabajo. En el pueblecito en el que vivíamos, y en Suiza en general, las mujeres con hijos suelen quedarse en casa. En Suiza las mujeres no tuvieron derecho de voto hasta los años setenta. Anteayer. Es un país muy muy machista. Mathias

nunca me reprochó los viajes. Pero con Dolores tenía una secreta e indescifrable sintonía. Y también en esto, a veces, en ciertos detalles, yo percibía su solidaridad. Ella tiene que irse, se decían. Ella. Era un poco como si sintieran que estaban haciendo lo que habría tenido que hacer yo. Pero sin decirlo. O, al menos, sin decirlo nunca en voz alta.

No, no creo que tuvieran una relación distinta de la que yo veía. Ella era mucho mayor. Pero quién sabe. Las razones que unen a los individuos, las necesidades que se engarzan mutuamente, son misteriosas alquimias. Cuando estaban solos se comportaban como si fueran los verdaderos padres de Alessia y Livia. Luego, cuando yo regresaba, Dolores siempre se retiraba. Volvía rápida y silenciosa a su casa. Ella y yo nunca estábamos demasiado tiempo juntas. Más bien casi nunca.

Mathias le dejó una suma en herencia, en su testamento. Pensó en ella aquel domingo, o el sábado cuando lo escribió, no lo sé. La semana antes, estoy bastante segura, el testamento manuscrito no estaba en aquel cajón. Estoy convencida de que lo dejó allí aquel último fin de semana. Si, en cambio, ya estaba hecho de antes y lo tenía escondido, eso quiere decir que llevaba tiempo pensando en lo que hizo, pero me parece imposible. No me parece concebible que pensara en suicidarse cuando se fue de vacaciones, en Navidad. Las vacaciones con sus amigos, tres semanas en un velero. No lo creo en absoluto. Lo escribió después: a la vuelta. Probablemente después de que tuviéramos la conversación sobre el tema del divorcio. Seguro. Un párrafo de aquella página de testamento se lo dedicó a Dolores. Por otra parte le estaba muy agradecido, lo entiendo. La noche antes de marcharse, el sábado, había cenado con ella.

Lo que no entiendo tanto es cómo demonios en los días que transcurrieron entre el domingo en que Mathias se marchó con nuestro coche y el jueves en que se suicidó, en aquellos cinco días en que no se sabía nada de Alessia y Livia, Dolores no sintió la necesidad de buscarlas, de acompañarme a la policía, de declarar sobre sus últimas horas. No entiendo por qué desapareció,

así, sin dejar rastro, también ella. Las había criado día tras día durante seis años. Toda la vida. Había vivido en nuestra casa. Era casi como una madre para ellas. Lo que no me explico es su ausencia en el momento del miedo.

Enseguida tuve miedo, es verdad. Cuando llegué a la casa vacía y oscura, y encontré los dos muñecos y los pijamas sobre la cama. Las sillas de seguridad de las niñas estaban en mi casa, en el otro coche. Mathias nunca habría llevado a Alessia y Livia en el coche sin atarlas a sus sillas en el asiento trasero. Nunca, nunca. Era una regla inviolable. Se me puso el corazón en un puño. Llamé enseguida a Dolores, fue la primera persona a la que llamé. ¿Dónde están Alessia y Livia? No lo sé, señora, se limitó a decirme. No lo sé. Pasaron tres días antes de que viniese a casa. Lunes, martes, miércoles. De Mathias todavía no teníamos ninguna noticia. La policía lo buscaba. Dolores vino a verme con una amiga, se quedaron unos minutos en la sala de estar, y se fueron enseguida. Como gesto de cortesía, una formalidad.

Desde entonces no he vuelto a saber de ella. Sé que estuvo en el funeral de Mathias, sé que ve a su madre, a sus hermanos. Pero yo no he vuelto a verla. Nunca respondió a mi carta.

## 11. LISTA. RABIA

Cosas que todavía me dan rabia.  
(Resolverlo, desmontarlas, no obsesión.)

1. Cuando en el tercer aniversario de la desaparición, durante la reunión de redacción de aquel periódico suizo, alguien propone: «Volvamos al caso Lucidi. Veamos en qué punto están las investigaciones sobre Alessia y Livia», y alguien más, el redactor jefe, una mujer, responde: «No, otra vez el caso Lucidi no. Cansa, se ha agotado. Ya no interesa. Pensemos en otra cosa.» Preguntas: ¿cómo un periodista decide que dos niñas desaparecidas sin dejar rastro son un caso «agotado»? ¿Agotado para quién? ¿A quién cansa y en razón de qué criterio? ¿Hay un tiempo límite para hablar de un caso sin resolver?, y si es así, ¿cuál? Es muy importante saberlo. ¿Un año, dos años? En especial una mujer: ¿qué empuja a una mujer con tanta responsabilidad a establecer que otra mujer –«el caso Lucidi»– que busca a sus hijas no es interesante?

(Imaginarla. Tratar de entender qué le irrita. Cómo transcurre su tiempo. Pensar que quizá tiene algún gran dolor secreto que esta dolorosa historia renueva. Hipótesis: se está defendiendo, no está atacando. Entender, no dar lugar al resentimiento.)

2. Cuando la cronista se dirige al jefe de la policía del cantón suizo y le pregunta cómo han planteado las investigaciones, y el jefe de la policía responde: «¿Investigaciones? ¿Qué investigaciones? ¿Pero ha leído usted el correo electrónico de la señora Lucidi a su marido? Poco hay que investigar, está todo claro.»

(Releer el correo electrónico como si lo hubiera escrito otra persona. Identificar motivos de agravio: quizá los haya. Imaginar la calidad y cantidad de trabajo del jefe de la policía: tal vez tenga cosas más importantes y graves que hacer. Imaginar su vida, las mujeres de su vida. ¿Madre? ¿Mujer? ¿Hija/s?)

3. Cuando el policía, la tarde de la desaparición, responde: «Tranquila, señora. Su marido es suizo alemán, no brasileño. Volverá.» (¿Brasileño? ¿Brasileño? Buscar biografías brasileños notables. Hipótesis viaje vacaciones Brasil. Estudiar portugués. Descargar música brasileña. Caetano Veloso.)

4. Cuando la psicóloga de la terapia de pareja contesta por teléfono no me moleste más, y cuelga. (Difícil. Pedir opinión a quien conoce deontología profesional. Tratar de imaginar que existe protocolo. Hablar de ello una vez con Luis. Quizá tengo problemas con quien me cuelga el teléfono. Rechazo, exclusión, infancia. Difícil.)

5. Cuando su psicóloga me manda la factura de las dos últimas sesiones para saldar la cuenta con una tarjeta que dice: *Dadas las circunstancias, se la remito a usted.* (Dadas-las-circunstancias. Imaginar cuánto tiempo ha empleado para encontrar la fórmula según ella adecuada. ¿Poco, por instinto? ¿Mucho, mediante reflexión? En cualquier caso, ser indulgente.)

6. Cuando descubro que nadie ha precintado nuestra casa, que los zapatos de Mathias todavía están allí, sucios de barro. Cuando voy a la policía con los zapatos de senderismo sucios de barro y explico: los vecinos se los vieron puestos el domingo por la mañana, antes de que desapareciera. ¿Adónde se fue?, ¿por qué se cambió?, ¿por qué dejarlos en casa? Por qué no analizar la tierra de las suelas, quizá útil en las investigaciones, y la policía responde: señora, toda la tierra es igual, todos los bosques son iguales.

(Bosques, iguales. Tierra, igual. Claro que no, pero pensar que sí, en cierto sentido. En otro sentido. La tierra es igual, por dentro. De muy cerca. De muy lejos. Igual. Desde las estrellas. Tierra. Agua, aire.)

7. La esquila de mi suegra con mi apellido después del de Mathias.

(Mi suegra. No usar «mi». Suegra. Persona. Madre. Norma. Infelicidad. No tocar.)

## 12. QUERIDO MATHIAS

*A Mathias, por correo electrónico  
26 de enero de 2011*

Querido Mathias:

Me alegra mucho saber por Alessia y Livia que vuestras vacaciones en barco han sido tan bonitas. Espero que os hayan traído serenidad a todos. De hecho, han sido muy largas. Más de lo que establecían nuestros acuerdos: tres semanas sin las niñas se me han hecho penosas, pero si vosotros sois felices, yo también lo soy.

Ahora que se reanuda el ritmo del invierno hay algunas pequeñas cuestiones que quisiera aclarar. Cosas marginales, pero importantes. Me llegan todas las multas del coche, que está matriculado a mi nombre. Puesto que lo utilizas tú, y yo tengo la intención de dejártelo, quisiera que hicieras el cambio de propietario y que pusieras el seguro a tu nombre. Es una pequeña molestia, necesaria.

Veo además por los extractos bancarios que estás usando nuestra cuenta común para tus gastos personales. No era ése el trato. Nuestra cuenta común está destinada a las necesidades de Alessia y Livia, luego naturalmente a la compra –con ello me refiero a la comida, la ropa, el material escolar y deportivo– y a cualquier otra adquisición extraordinaria que les concierna a ellas dos en los períodos en los que están contigo. Cuando están conmigo lo saco de mi cuenta personal, como bien sabes. Así pues, quisiera que no utilizaras nuestro dinero común para tus viajes, tus restaurantes, tus impuestos. Para esos gastos te ruego que uses tu cuenta.

En fin, Mathias. No, no tengo intención de volver a vivir contigo en año nuevo «porque estés muy triste», como me has preguntado a través de Alessia y Livia. Te rogaría que no utilizaras a las niñas para enviarme mensajes, que no les encargaras demandas y peticiones, que no las manipularas para que su súplica pueda conseguir lo que tú y yo hemos descartado. Eso es una

crueldad. No seas cruel con ellas. Discutamos de lo que hay que discutir entre adultos, protejámoslas hasta donde nos sea posible.

A propósito. En las próximas semanas hemos de entregar los papeles del divorcio. Los míos están listos, y te confirmo mi determinación de seguir adelante. Quisiera que tú prepararas los tuyos, de modo que cuando el juez nos convoque no haya dilaciones debido a alguna informalidad tuya. Te conozco como persona de extraordinario rigor y precisión. Trata de serlo también en esta circunstancia difícil para todos.

Te lo agradezco. El viernes hablamos para ponernos de acuerdo sobre los horarios de la escuela.

### 13. QUERIDA PAOLA

Querida Paola:

No bastarán los dos días de nuestro fin de semana para contarte la maravilla del viaje a la Patagonia. No veo la hora de ir a tu casa a Roma. Faltan sólo cuarenta y dos días, desde que decidimos la fecha los marco en el calendario. Luis se ríe cada mañana, en el desayuno, cuando me ve tachar la casilla. Dice que también él de niño, por Navidad, abría una ventanita cada día, reconoce la seriedad de ese cometido. ¿Pero luego vendrás a Granada, verdad, a ver los estudios donde hacemos los dibujos animados, nuestra casa, a nuestros amigos? ¿Vendrás a pasar unos días conmigo y con Luis? Porque esto tienes que verlo, no se puede contar. Me siento tan nueva desde que estoy aquí..., nueva y también un poco jovencita como hace muchos años, me siento de nuevo Irina. Yo y nada más. Sólo yo.

Pero tú ya lo sabes.

De vez en cuando pienso: qué suerte haberte tenido siempre al lado, qué maravilla una amistad como la nuestra. Tú que siempre sabes reír, en todo momento sabes ver el aspecto risible de las cosas y señalarlo en voz alta, mofarte de ello. Qué habría hecho sin ti, cuando no podía salir porque los furgones de las televisiones y los periodistas a decenas, amontonados, acampados, vivían delante del portal. Meses, ¿te acuerdas? Meses. Yo decía cada mañana: bueno, ya se habrán ido. Hoy verás como se han cansado. ¿Qué esperan, al final? ¿Qué quieren? Pero no, seguían siempre ahí, y entonces llegabas tú. Siempre con una botella, con el relato de un hecho increíble acontecido en la oficina, con una imitación que hacer. Luego decías: ven, salgamos por el techo. Una vez incluso lo intentamos, ¿recuerdas cuando me quedé atascada en el tragaluz? Qué miedo, qué manera de reír hasta las lágrimas. Luego a veces te veía llorar, y entonces tenía que ser yo la que te dijera: venga, va, por favor, venga. Verás como podemos. Y tú decías: ¿poder qué? ¿Curar esta conjuntivitis? Por supuesto que podemos.

Gran Paola. Tengo que darte las gracias por carta, porque en persona no me dejarías. Me encanta que hicieras la dieta ayurvédica conmigo cuando decidí que tenía que purificar el cuerpo a base de arroz blanco y agua,

brebajes de hierbas, durante semanas y semanas. Me encanta que una tarde llegaras con un pollo picante. Me encanta que fueras a buscar todos los libros de Brian Weiss, cuando vino la época de la hipnosis, y que me ayudaras a responder a todas las cartas de videntes y médiums, cuando me llegaban hasta diez al día. Que prepararas un mapa en el que señalar todos los lugares donde decían haber «sentido» a Alessia y Livia: en México, en Sudáfrica, en Rusia, en el mar, en Córcega, en Italia, en Ucrania, en Jamaica. Que me lo pusieras ante los ojos, un día, sin decir nada. Un mapa del mundo repleto de círculos y estrellas dibujados a pluma. Entonces continuamos. Se añadieron las cábalas los astrólogos los triángulos. Estuvimos a un paso de los chamanes. Luego me dijiste: ¿lo ves?, son ellos quienes te buscan. Son ellos quienes te necesitan. Es cierto, es así, tenías razón. Es terrible decirlo, pero hubo un momento en que me pareció que se divertían. Una especie de placer macabro, sí. En cada uno de ellos, y en el público que los escucha con la mano abierta delante de la boca y todavía quiere más.

Me encanta que mantuvieras a mis adorados padres a la distancia justa ciertos días, y que lograras enseñarme algunos trucos con el ordenador, así pudimos encontrar aquella música rarísima que yo había oído una sola vez – era magnífica– y que tenía que volver a oír a toda costa. Me encanta que te pusieras contenta, lo vi en tu mirada, cuando te dije que había decidido ir a ver a Luis a Granada, a la casa de la que en el fondo ya tenía las llaves desde hacía un tiempo. Estabas contenta de veras, casi brincabas.

No me lo has dicho nunca, pero ¿cómo puedes?, ¿nunca lo has pensado? No hay el menor asomo de hipocresía, de ficción, de puesta en escena en tu forma de estar conmigo en mi historia. Es la que es. Es íntegramente ésta. Es como si para ti no hubiera un antes y un después. Es como si a tus ojos yo hubiera seguido siendo siempre yo: yo que río y lloro, yo y no otra. Y por otra parte tú, del mismo modo, has seguido siendo Paola. Idéntica.

Si tuviera que explicar qué es un amigo, diría esto: un amigo es aquella persona para la que aunque haya cambiado todo no ha cambiado nada.

Cuarenta y dos días. Venga. Te traigo un regalo de la Tierra del Fuego que te hará ruborizarte de vergüenza. ¿Apostamos? Cuando lo vi me dije: es para ella, cueste lo que cueste. Luis dijo: tú te encargas de regatear, yo no quiero saber nada. Reía.

Un beso, Paoletta, no veo la hora.

I.

P. D.: Sí, saca las entradas para el concierto. Luego, si al final no nos apetece, nos vamos a la entrada y se las regalamos a una pareja de chicos que nos guste, como hicimos aquella vez en Ginebra. Kiss you.

## 14. LISTA. FELICIDAD

Qué me hace feliz.

1. Actualizar esta lista al menos una vez al mes. Eliminar cosas (pocas), modificarlas (a veces), añadir (cuando pueda).
2. Los diálogos de *Casablanca*.
3. El agua del mar. El mar.
4. Pippi Calzaslargas.
5. *Die Winterreise* de Schubert.
6. Las ballenas. *Las ballenas jorobadas*.<sup>4</sup>
7. Las casas sobre los árboles.
8. Sierra Nevada.
9. Luis.
10. Los libros infantiles, cuando son bonitos (casi todos).
11. El vino tinto, cuando es bueno.
12. Caminar por la montaña, cuesta arriba. El movimiento. El aire en la cima.
13. Ciertas palabras. Ciertos modismos. *Se la refanfinfla*,<sup>5</sup> por ejemplo. Vendría a ser que no le dan importancia.
14. El bosque cuando el sol se filtra poco.
15. Los garabatos de los niños en los papeles de los adultos, y también en las paredes.
16. Mi abuela.
17. Ir al cine.
18. La compasión y el pudor. Juntos, mejor.
19. Vera, la madre de David.
20. Soñar con Alessia y Livia, siempre.
21. La voz de Luis, incluso sin Luis.
22. Hacer feliz a alguien.
23. Sonreírle a un desconocido por la calle y ver el efecto que causa.
24. Descubrir una música que no conocía, hermosa.
25. Dormir cuando estoy cansada. Dormir toda la noche.

26. Escribir, leer. Escribir a los amigos sobre lo que he leído.
27. Los amigos.
28. Un beso inesperado, cuando no lo ves venir y al principio incluso da un poco de miedo.
29. Escuchar a alguien que se indigna y tiene razón.
30. Correr en bici de carreras, volar.
31. Trabajar en un proyecto con alguien. Realizarlo, juntos.
32. Louise Bourgeois con una escultura bajo el brazo. Esa foto, esa escultura.

## 15. YO QUE TÚ. LOS HECHOS SON SENCILLOS

*Los hechos son sencillos, terribles y conocidos. Un domingo de enero de 2011, el último del mes, tu marido Mathias fue a buscar a las niñas –vuestras hijas gemelas, rubias, distintas, una rechoncha otra delgada, con seis años recién cumplidos, guapísimas a casa de los vecinos donde las había dejado jugando. Aquel fin de semana estabais separadas, las niñas estaban con él. Más o menos a la una se asomó al jardín de los vecinos donde las había enviado a jugar, las llamó. Ellos, los vecinos, les dijeron rápido, niñas, que papá os llama: vamos, es hora de comer. Alessia y Livia corrieron a su casa. A partir de aquel momento desaparecieron. Él se marchó en coche, hacia las cuatro de aquel mismo día. Con tu coche. ¿Iban ellas con él? ¿No iban? No se sabe. Las sillas del coche las tenías tú. Los peluches sin los que las niñas nunca se acostaban los encontraste en su sitio, en sus camas. Mathias hizo un largo viaje desde Saint-Simon, el pueblo cerca de Lausana donde vivíais, y llegó a través de Francia y luego de Córcega, en barco, hasta Ceriñola, en Apulia. Dejó el coche bien aparcado, se fue a la estación, se tumbó en las vías y esperó el tren. Se dejó arrollar, así se suicidó. En aquellos cinco días de viaje te escribió: «Las niñas no han sufrido, jamás volverás a verlas.» De Alessia y Livia no se ha encontrado nunca el menor rastro.*

## 16. SEÑORA JUEZA

Muy estimada señora jueza:

Me faltan las palabras para expresarle mi gratitud por haberme recibido. En sábado, en un día de fiesta, abriendo usted misma con las llaves la puerta de su despacho en el inmenso edificio vacío. Me conmovió verla llegar en coche, sola, dejar su utilitario en el aparcamiento desierto, venir a mi encuentro con una sonrisa. Discúlpeme si me permito tanta confianza pero conozco la soledad y la reconozco, no me es hostil, al contrario: con el tiempo se ha convertido en una compañera y una aliada. Con el tiempo, porque al principio fue una auténtica guerra. La ausencia me puso cerco, como hacen los ejércitos con las fortalezas. Me disparaba sus flechas y sus balas de cañón, esperaba a la noche, se aprovechaba de mi debilidad y la buscaba para vencerme. Me desgastó en la espera, porque ¿sabe, jueza?, la espera de las personas amadas no es una pausa: es un trabajo incesante, un esfuerzo monstruoso, una lucha contra los peores pensamientos. Es un espacio que se llena de monstruos y te sorprende por la espalda. Los años pasan, los minutos no. El tiempo de la vida vuela lejos y a la vez te dice a cada instante que justo ese momento habrías querido y debido pasarlo con quien amas, ése y no otro, no habrá ninguno igual, y, entonces, ¿por qué no está ahí?, ¿por qué te deja tirada la persona que por sí sola daría luz y fuerza a tu vida, a la que quisieras confiar tu vida por entero? ¿Dónde está, y por qué? Por qué: ésa es la pregunta a la que ningún libro, ningún lugar, ningún fármaco, ningún mago da paz.

Discúlpeme, me pierdo. Sólo quería decirle que en aquellos pocos pasos suyos hacia mí reconocí en usted la soledad, y ahora que conozco su poder y su belleza me habría gustado decírselo: hola, aquí estoy, bienvenida.

Usted me pidió, ante todo, que le contara los hechos. Es justo. Los hechos. Al repetirlos en voz alta, cada vez, me sorprende la cantidad de lagunas, de circunstancias desconocidas. Usted misma se mostraba incrédula, lo noté aun en su compostura, ante la cantidad de omisiones y deficiencias de la investigación. Fue una investigación suiza, le dije. Me pareció que sonreía pero no estoy segura, bajó la cabeza. Le haré llegar los documentos. Son seis

carpetas de papeles. Mi memoria acudió en mi ayuda en los años de asedio de la ausencia, y en esto me ha abandonado. Ya no recuerdo casi nada de los detalles. Todos están en esos papeles inútiles. Los traduciremos, podrá usted estudiarlos.

Luego me preguntó, acto seguido, qué es lo que espero. Para mí, ésa es la mayor y la más difícil de las preguntas. Pero entendí lo que quería decirme sin decirlo, y también le estoy agradecida por ello. Que no hay mucho que esperar con respecto a Alessia y Livia. Eso pensé que pensaba usted, y sé que tiene razón. No hay mucho que esperar. Hay un noventa por ciento de probabilidades de que estén muertas: enterradas en un bosque, arrojadas al mar, no lo sé. Las imagino en el mar, cuando logro hacerlo. A lo mejor en el mar se han convertido en peces, sirenas, pequeñas ballenas. No sé decirle por qué: prefiero el agua a la tierra. En cualquier caso sí: es razonable pensar que fueron asesinadas. Dos niñas de seis años, suficientemente mayores para hablar y exigir, no habrían permanecido todo este tiempo sin buscar la forma de darse a conocer, de preguntarle a alguien dónde está mamá. Y no se habrían conformado con ninguna de las falsas respuestas ni que fuera de las más convincentes. Alessia y Livia son muy sensibles. Muy inteligentes. Entienden, lo perciben todo. Habrían encontrado un modo, en estos años de ausencia, de hacerme saber: estamos aquí. Una persona, una treta. Aunque les hubieran dicho mamá ha muerto, o mamá ya no os quiere, se ha ido. Creo que se habrían topado con algo o con alguien capaz de captar una señal y transmitirla. De sospechar, de apiadarse, de entender. La nada absoluta es paradójicamente la verdadera prueba de que ya no están: la nada, el silencio, es la evidencia. Lo leo también ahora en sus ojos, señora jueza. Pero ya ve. La nada no basta. Aunque las probabilidades fueran noventa y nueve. Aunque hubiera sólo una entre cien de que mis hijas estén en algún lugar del mundo, tal vez separadas, lejísimos, acaso en un país cuya lengua no conocen, quizá en cambio cuidadas en secreto por alguien a quien quieren y por tanto incluso calmadas ya en su dolor, incluso de algún modo serenas. Pues bien, es esa sola posibilidad la que tengo que seguir. Es esa única y pequeñísima hipótesis la que le pido que me ayude a esclarecer. Si es real o insensata: necesito saberlo. Aunque sea para que me digan que no: no existe. He aquí las evidencias, hemos buscado y ahora tenemos las pruebas: la posibilidad de que sigan con vida no existe. Pero hasta entonces, usted lo entiende, señora

jueza, yo no puedo sino permanecer con todas mis fibras en ese espacio minúsculo. No puedo darme la vuelta e irme a otro sitio: me quedo ahí.

Así pues, las hipótesis. Tenemos que empezar por el principio, puesto que partimos de la nada. ¿Puede creerlo? No hay ningún rastro, en ningún sitio. La nada absoluta. Mathias, el padre de las niñas, era un hombre muy meticuloso y no dejó nada al azar. Me envió una carta, antes de suicidarse, en la que me decía incluso dónde había guardado el reloj en el coche, y dónde había aparcado éste. Pero no hay nada, nada que haga pensar que se llevó realmente a las niñas consigo, a pesar de que compró tres billetes del transbordador para Córcega. Ninguna imagen, ningún testigo. Destruyó el GPS del coche, hizo desaparecer la grabadora que llevaba siempre consigo en el vehículo. En casa, por lo demás, no había rastro de jeringuillas, de algodón, de fármacos. Nadie vio nada. Los testimonios son contradictorios y poco fiables. Nadie ha vuelto a ver a Alessia y Livia desde la una de aquel domingo por la tarde. Nadie que pueda decir: ¡eh!, mirad esta foto, ahí están. Entonces, ¿dónde están? ¿Por qué están en casa los muñecos con los que duermen, sus pijamas, y sus cuerpos no? ¿Por qué las personas que habrían podido dar noticias útiles –los amigos de Mathias, su familia, nuestra niñera, los psicólogos que lo trataban– se han mostrado tan lejanos y esquivos? Tan ausentes. Tan fríos en un dolor que también habrá sido grande para cada uno de ellos, desde luego no como el mío pero grande, eso seguro. Y no basta, no vale decir: es Suiza, señora jueza. Antes bien da vergüenza decirlo e incluso sólo pensarlo. Sí, es cierto. Tienen otra forma de manifestar los sentimientos, lo sé bien, pero de los sentimientos conocen la partitura entera. Como todos, como cada uno de nosotros. No cometamos el error que tantos han cometido conmigo, en estos años, diciendo: es italiana. Conozco el machismo, el racismo, los prejuicios de los que he sido objeto. No pretendo ni siquiera por un instante volverlos contra quien –por defecto mío– no alcanzo a comprender porque no se me parece. Sólo digo, le digo: hay algo que falta en este análisis de los hechos. Hay justamente un vacío que corresponde a lo que siento, agigantado, dentro de mí. Una pieza del rompecabezas desaparecida.

Pues bien, señora. Yo soy italiana, mis hijas lo son. Hoy representa usted para mí la justicia de mi país. Por lo tanto: la Justicia. Me confío a usted. Es tarde, lo sé. Habría debido y podido hacerlo antes. Estaba muy confusa, entiéndame. Estaba aturdida. He confiado en el mundo que me rodeaba porque es el mundo en el que estaba acostumbrada a vivir, el mundo sin

límites cantonales. He sido ingenua, imprudente, ineficaz. Y eso tampoco logro perdonármelo. No haber hecho bien y enseguida todo lo que podía. Son cuatro años que intento reparar y lo haré durante el resto de mi vida. Ahora la he encontrado a usted y eso ya me hace sentirme mejor. En el sitio adecuado, finalmente. En mi sitio. En mi país, en mi mundo. Eso pensé cuando la vi bajar del coche con sus papeles bajo el brazo, en el aparcamiento desierto del Tribunal, un sábado. Que habría tenido que estar en casa comiendo con su familia, que sin duda tenía otros planes para ese día –hablar con su hijo, ir al cine con su marido, acabar de estudiar un expediente o escuchar música–, y en cambio estaba allí, con una desconocida. Me dije: pues bien, he llegado a donde debía. En efecto es así. Me produce orgullo haber podido ser partícipe de sus maneras. En el tiempo que pasé hablando con usted, en su despacho, sentí que estaba donde debía llegar. En una especie de meta, no sé si me entiende. Como si mi carrera hubiera llegado a su destino. Como si pudiera pasarle el testigo sin perderlo de vista, confiadamente. No crea que pretendo arrancarle su benevolencia, quiero sólo hablar por una vez con sincera libertad. Abrirme, confiarme. Sé que usted hará la siguiente parte del camino. No importa adónde nos lleve. Importa llegar al fondo, luego mirarse a la cara, muertas de cansancio, y decir: pues bien, lo hemos hecho todo. Ya está, nosotras lo hemos hecho. Después a lo mejor despedirse, darse las gracias y marcharse.

Cuánto tiempo le he hecho perder con estas palabras, espero que sepa disculparme.

Gracias por haberme dado audiencia y escucharme, sólo quería decirle: no sabe lo importante que ha sido para mí. Mejor dicho, sí, perdóneme: claro que lo sabe.

Con gratitud,

I.

## 17. QUERIDO VITTORIO

Vittorio:

¿Recuerdas aquella noche en la casa de Cerreto, en nuestra habitación, cuando viniste a sentarte en mi cama y yo no quería hablar contigo, tenía la cabeza bajo las mantas y no quería salir? Tenía seis años, estoy segura de ello porque era el primer día de verano después de primero de básica. Aquella tarde habíamos llegado a casa de los abuelos. Tú eras muy pequeño. Yo no tenía ningunas ganas de explicarte nada, sentía un gran dolor en el cuerpo, como una fortísima presión en el pecho que me impedía respirar. Tal vez estaba enferma, quizá me moriría de repente como la señora Adelina la de los huevos, pensaba. Recuerdo perfectamente todavía hoy el olor de las sábanas, la respiración caliente que la tela me devolvía sobre el rostro. El extraño olor de mi aliento. Recuerdo que mi preocupación era que si me moría durante la noche me encontrarías tú y te asustarías, y mamá se enfadaría conmigo –ya muerta– por haberte metido miedo. Es quizá el recuerdo más lejano que tengo de nosotros dos de pequeños. Un susto. No estaba enferma: estaba enamorada. Pero qué sabías tú del amor, cómo podía explicártelo. Además, no tenía las palabras. Ni yo las sabía.

El último día de clase Susanna me había enseñado el anillo. Eso era lo que había pasado. Antes de marcharnos de vacaciones Marco le había regalado un anillo a Susanna. Estaba hecho de alambre enrollado, había ensartado algunas cuentas y una hoja de verdad, una hoja verde. Así no te olvidas de mí, le había dicho. Al menos eso nos había contado Susanna a las demás niñas, en el recreo, toda orgullosa, odiosísima: Marco me ha regalado un anillo para el verano, así nos hemos comprometido todo el tiempo hasta que volvamos al colegio y yo no tengo que quitármelo nunca, me ha dicho, ni siquiera cuando me bañe, así recuerdo que estamos comprometidos. Se balanceaba de un pie al otro, llevaba un vestido corto me parece que de color celeste, aquellas piernas suyas flacas flacas, tenía el brazo extendido y nos mostraba el anillo con la hoja. Cuando al final te lo conté, aquella noche –«déjame en paz, Marco le ha regalado un anillo a Susanna», «¿quién es Marco?», «déjame en paz», «venga, ¿quién es? ¿Y quién es Susanna?», «quítate de encima, que

pesas, vuelve a la cama»—, al cabo de un rato, cuando creía que habías vuelto a quedarte dormido y yo había empezado de nuevo a tener miedo de morirme, al cabo de un rato me dijiste: Iri, yo te regalaré un anillo. Entonces me entraron ganas de llorar. No sé por qué, me habías dicho una cosa bonita. En cambio te contesté mal, desde debajo de las mantas. Te dije: venga ya, tonto, tú eres mi hermano. Los hermanos no se aman y no se regalan anillos. Eres imbécil.

Bueno, Vittorio, a lo mejor no te acuerdas. De adulta he pensado muchas veces que debía pedirte disculpas, pero luego siempre me decía: no se acordará, es inútil. De todos modos lo que quería decirte es que en realidad los hermanos sí se aman: yo por ejemplo te amo.

Luego quería decirte también que nunca en la vida he vuelto a enamorarme de alguien que no me amara primero. A lo mejor no ha sido por el anillo de Marco, seguramente no. Pero es cierto que no me he enamorado nunca de nadie que no estuviera ya enamorado de mí: como si ésa fuera una condición necesaria, pienso ahora. Un requisito. Nunca un amor no correspondido, nunca. Cuando escucho las terribles penas de mis amigas, cuando leo las novelas rusas y veo las películas americanas, siempre me paro a pensar: yo, así, nunca. ¿Te acuerdas de Guido, el año de la selectividad? Aquel chico un poco matón, expulsado por un año, el rebelde de la escuela. A ti no te gustaba nada. Pero él me escogió a mí, entre todas, y yo me dejé escoger. ¿Te acuerdas de Luca, en la universidad? Era tan inteligente..., leíamos y estudiábamos todo el día, íbamos casi cada tarde al cinefórum, habíamos empezado a hacer cortometrajes juntos. En un momento dado su madre le compró, nos compró a los dos, una casa cerca de la suya. Me había escogido, me habían escogido. ¿Y Hal? ¿Te acuerdas de Hal el irlandés?, decías que se parecía a Anthony Perkins. Era mi primer año de trabajo en el extranjero. Hal era guapísimo, es cierto. Se dedicaba a la política, escribía, viajaba. Les gustaba a todas, no sé por qué me escogió a mí. De todos modos era un poco aburrido en la vida doméstica, que lo sepas: muy distinto de lo que parecía fuera. Lo dejamos un domingo por la mañana, estábamos todavía en la cama, él leía una biografía de Stalin. Yo le dije: Hal, creo que deberíamos dejarlo. Él respondió: I think it's a good idea, y siguió leyendo. Por lo demás, siempre hacía lo que yo le proponía. Era dócil.

También, después, me dejé escoger por los otros. Por todos hasta David, que quería que fuera a vivir con él a Indiana y que me convirtiera al

judaísmo; ¿recuerdas qué maravillosos eran sus padres? Su madre Vera había sobrevivido a los campos de exterminio, Vera, qué mujer. La abuela Klara la adoraba. Le puse su nombre a Alessia, el segundo nombre. También David me había escogido, querido, pretendido.

Pero ¿sabes, Vittorio? Ninguno de ellos me regaló nunca un anillo. Ayer lo pensaba: ¿cómo es posible? Quizá alguna vez me lo propusieron y yo no lo quise, no sabría decirlo. No recuerdo ningún anillo. Y sin embargo no puede existir un regalo más hermoso, ¿no?, para hacerle a una persona que amas. Como le decía Marco a Susanna: un anillo, así recuerdas que estamos comprometidos. Que siempre está contigo, sobre tu cuerpo, que lo circunda y lo sujeta, lo consuela y lo alienta, que es a la vez un secreto y un escaparate. Un compromiso, una promesa. Es lo único que hay que regalar cuando se ama, ¿no? No hay otra cosa. No puede existir otra cosa. Un anillo. ¡Fíjate qué descubrimiento he hecho, con casi cincuenta años! No se lo digas a nadie, por favor, ni siquiera a Orsola. Prométemelo.

Pues bien, Vic. La verdad es que te escribo para decirte esto: ayer Luis me regaló un anillo. Esta noche casi no he dormido. Quería llamarte enseguida, pero no podía por la diferencia horaria. No creo haber sido nunca tan feliz. Quería decirte estas palabras en voz alta, sin vergüenza. Feliz, nunca, tanto. ¿Te parece un sacrilegio? Lo sé, lo sé. Pero déjame estos minutos intactos. Una alegría increíble, una alegría perfecta. Luis me dijo: pruébatelo, no tiene nada de especial pero me parecía adecuado para ti, lo vi y pensé: es justo como ella, se le parece. No tiene nada de especial, me dijo. ¿Y sabes cómo es? Son hojas de árbol que forman un círculo. Hojas, ¿puedes crearlo? Sentí una especie de desfallecimiento, un vacío de aire: retrocedí más de cuarenta años hasta aquella noche, te vi en la cama, percibí el olor de las sábanas y escuché tus palabras. Tenía que telefonearte enseguida. Pero Luis estaba allí preguntándome con su mirada: ¿qué, no te gusta? Entonces dejé que me lo pusiera en el dedo, me pareció que tenía seis años y pensé que hasta ahora nunca había amado a un hombre como le amo a él. Nunca.

Excepto a ti, claro. Pero los hermanos no se regalan anillos, mi adorado pequeño. ¿Te acuerdas, tonto...?

Te abrazo fuerte hasta ahogarte, te martirizo a cosquillas, te beso por toda la cara aunque te dé asco, te obligo a dejarte besar, que para eso soy mayor, soy más fuerte y no puedes hacer nada. Pídemelo por favor, si no, no te dejo.

Te espero, baby. Ven a ver mi anillo. Ven pronto.

Love,

I.

## 18. NORMA

Existen infinitas oportunidades de mostrarse impecable en Suiza. Norma no dejaba escapar ni una. Al principio me parecía un mecanismo perfecto. Un fenómeno bastante impresionante. Yo la observaba como podría hacer una antropóloga que descubriera una etnia no censada, completamente desconocida. Casi tomaba apuntes. Sus horarios, sus costumbres, su ropa, sus palabras. La secuencia de sus gestos. No erraba uno solo. Eran un error en su conjunto, pero ninguno individualmente. Hasta me habría gustado aprender algo. Así, por una eventual autodefensa. No lo logré. Tenía un secreto que no descifré. Pero tampoco me dejaba turbar, no me disgustaba, nunca me ofendía. En el fondo me hacía reír. O, mejor dicho, me habría hecho reír de veras si no hubiera sido la madre de Mathias. Cuando ella estaba delante, él tenía la mirada de los animales cuando captan sonidos que no advierten los humanos. Vigilante, atento, alerta, presente y ausente a la vez. Sintonizado en alguna otra parte. Perdido, pero compuesto.

No recuerdo un reproche suyo, una crítica. Y sin embargo su desaprobación era absoluta. ¿Cómo hacía mi suegra para ser siempre tan dura sin dejar nunca de sonreír? Y, en cualquier caso, ¿por qué era tan dura? Con las niñas desgranaba una secuencia de órdenes disfrazadas de atenciones. Se anticipaba a sus deseos para desviarlos. Sugería algo para obtener lo contrario, conscientemente. Era mortífera. Lo conseguía.

La verdad es que no sabría poner ejemplos. No era nada concreto. Tonterías. Cuando ella llegaba y yo tenía a una de las niñas en brazos, y la otra estaba en el suelo, ella me quitaba siempre a la que tenía conmigo. No cogía a la que estaba sentada en la alfombra. Venía directa hacia mí y me arrancaba a la niña de los brazos. Luego la dejaba en el suelo y cogía a la otra, sólo después.

Cuando tenía demasiada comida en la nevera, por ejemplo demasiados

huevos –a menudo se quejaba de que el campesino les regalaba demasiados huevos–, me decía: venga, llévate unos cuantos a casa y les haces un pastel a Alessia y Livia. Ella se quedaba los huevos frescos y a mí me daba los del supermercado con la fecha de caducidad impresa. Dentro del plazo, nunca caducados.

Cuando traía vestidos para las niñas los metía en cajas preciosas y decía: os los mandan mis amigas. Eran camisetas usadas, arrugadas y desgastadas. No sé de dónde las sacaba. No creo en absoluto que se las regalaran sus amigas. Las cajas, magníficas.

Una vez a la hora de comer, en la mesa, hizo un discurso interminable para decir que el verdadero problema de las escuelas suizas, su decadencia didáctica, era que en el patio los niños hablaban en italiano. Die Kinder sprechen Italienisch. Me lo decía a mí, en alemán.

Nada, tonterías.

## 19. APRECIADA SEÑORA MAESTRA

Apreciada señora maestra:

He llamado a la secretaría de la escuela para pedir los trabajos de Alessia y Livia –sus redacciones, las tareas de clase, los cuadernos y los dibujos–, pero me han dicho que se trata de documentos propiedad del instituto y de los que sólo se puede obtener copia en casos de necesidad efectiva comprobada siguiendo un procedimiento determinado. Cuando he preguntado qué era una «necesidad efectiva comprobada» no han sabido ponerme ejemplos concretos. Imagino que el traslado a una escuela de otro Estado que solicite sus materiales como condición para la matrícula, ha planteado finalmente la secretaria, harta de mi insistencia. Por un instante he imaginado la posibilidad de hacerlo. De inscribir a Alessia y Livia en una escuela francesa, o italiana. He recorrido con rapidez, mentalmente, los obstáculos que habría tenido que superar. No me he visto capaz. Comportarme como si ellas y yo, nosotras tres, realmente tuviéramos por delante un nuevo año escolar al final habría resultado ser una trampa mortal. En algún momento habría terminado por creérmelo. Porque ya ve, señora maestra: Alessia y Livia no volverán a la escuela en septiembre. No se matricularán en segundo de básica. De modo que es con esa realidad con la que tenemos que trabajar: mantenernos dentro de ella, no olvidar pero no enloquecer con el recuerdo, no revivir eternamente el tiempo pasado, tratar de imaginar uno futuro. ¿Asuntos así, me he preguntado, podrían considerarse una «necesidad efectiva comprobada»? No creo que haya una casuística que se pueda tomar como referencia. Entiendo que a falta de precedentes no resulta fácil tomar una decisión por primera vez. Soy consciente de que estoy creando una dificultad a la estructura docente y pido disculpas por ello. Pero mi «necesidad efectiva», ahora, es la de seguir viva. Tengo al menos una buena razón: mientras yo viva Alessia y Livia vivirán conmigo. Para hacerlo –para seguir viva día tras día– necesito guardar sus cosas intactas. Tal como las dejaron, todas. La ropa y los juegos, los zapatos; no sé explicarle por qué, pero sobre todo de sus zapatos es imposible separarse. Nadie puede caminar descalzo aquí en Suiza, ¿no le parece? Los zapatos son fundamentales. Además necesito sus dibujos y sus palabras

escritas, sus pensamientos. Tengo que repasarlos, reordenarlos. Repetírmelos de vez en cuando. Volver a verlos. Ya está, sólo eso. Espero ser capaz en un esfuerzo de síntesis de transcribir en la solicitud, en una línea, en qué consiste esa «necesidad efectiva comprobada». Mientras tanto quería explicársela.

De hecho es a usted a quien debo dirigirme, según me han dicho cuando por fin he logrado hacerme una idea del «procedimiento determinado». Antes que nada se requiere el nihil obstat del docente. Su nihil obstat, señora maestra. Hace falta que usted juzgue que no hay obstáculos. Y que usted no los cree, imagino también.

De ahí que después de tanto silencio me haya decidido a escribirle. De usted depende la posibilidad de que yo vuelva a tener en las manos las redacciones de Alessia y Livia: pienso especialmente en la titulada «Quién soy yo» que leímos juntas en casa cuando la trajeron para enseñarme la nota y que me hizo llorar de alegría. Sus dibujos, que deben de incluir también aquellos en los que se pintaban con trenzas —una se dibujó con la cara en un círculo y la otra en un triángulo, una forma sensacional de describirse completamente distintas—, y el de la casa azul, y luego el de la familia que hace un pícnic en el lago. Después los problemas de matemáticas, claro, recuerdo en particular las sumas, con las decenas y las unidades escritas con diferentes colores. Habíamos comprado los lápices el día antes porque Livia decía que usted, maestra, los quería con la punta más grande: nuestros lápices del estuche eran demasiado finos. Es un material que siento que debo conservar, guardar.

No le oculto que contarle todo esto me hace sentirme incómoda, y quiero ser honesta con usted: no he entendido su silencio en estos meses. Aunque lo he padecido, por más que no fuera el primero de mis motivos de dolor. Ha sucedido, no obstante, que cuando volvía con el pensamiento a la escuela, y por tanto a las niñas en la escuela, y a su maestra —a usted—, me preguntaba las razones de su ausencia. Sin duda habrá tenido muchísimos problemas con la clase, los imagino, habrá tenido que hacer frente a la consternación de los compañeros de las niñas y explicarles lo ocurrido: habrá tenido que buscar y encontrar las palabras idóneas. Luego tal vez haya pensado que no era el momento. Más tarde habrá hecho acto de presencia la discreción. El respeto.

He recordado a mi maestra: era italiana, también ella era muy discreta. Mi «señora maestra», Francesca. Recuerdo su perfume, especias orientales. Alta, elegante. Me habría gustado parecerme a ella. Hablaba despacio, con dulzura.

Han pasado muchos años y la recuerdo como si la estuviera viendo ahora, justo como si la sintiera. También Alessia y Livia debían de quererla, señora: debían de escuchar con la boca abierta sus explicaciones, sus lecturas, sus consejos acerca de cómo se aprende un verso de memoria. La memoria de los niños, qué espectáculo. Pienso en todo ese tiempo en el que yo no estaba con ellas y, en cambio, estaba usted, todo ese tiempo de vida que usted guarda: hecho de sorpresas, de nombres y conceptos desconocidos, de mundos que se descubren y se revelan por primera vez. En parte la envidio. Qué oficio tan maravilloso, qué cometido tan supremo el suyo.

Pues bien, señora maestra. Sean cuales fueren los motivos por los que usted no ha querido o no ha podido ponerse en contacto conmigo en estos meses, sepa que en ningún momento habrá necesidad de hablar de ello, de pedir o dar explicaciones. Sólo espero que no haya querido con ello manifestarme su desaprobación: eso es lo único que no podría explicarme. Han sido muchos los que han desaparecido, muchos los que en secreto han censurado, juzgado, emitido veredictos de condena. Es fácil asomarse a las vidas de los demás, decretar en un cuarto de hora una culpa, volver a casa y sentirse con seguridad en lo cierto, luego retomar el sueño. Cualquiera puede hacerlo, y a veces debe: un juez, un árbitro, un testigo. Una maestra, creo, está hecha de una materia distinta. Mi maestra era distinta. Siempre decía: todos tenéis razón, pero ahora quizá sea mejor que tratemos de hacer tal cosa. Todos tienen siempre sus razones. Ahora quizá sea mejor que tratemos de buscar un camino. No sé cómo será, hoy, «hacer tal cosa». Sólo le pido, señora, que deje su puerta abierta. A lo mejor dentro del procedimiento hay un pasaje que conduce a la respuesta.

Sepa que le agradezco mucho, y siempre, todo el tiempo que ha dedicado a mis hijas.

I.

## 20. LISTA. MEMORIA

Qué no debo olvidar.

1. La noche, de pequeña, en la cama de la casa de Castagneto y Vittorio en la cama de al lado. Mi lugar en el mundo, el que creía que era. El frío de las sábanas húmedas, el calor de las brasas: juntos.

2. Que el tiempo no existe. Todos estamos en el mundo en el mismo momento, en el pasado, en el presente y en el futuro.

3. Que es inútil explicar esto. Algunos lo saben, otros no pueden y es inútil.

4. Las reglas de la salud: dormir al menos seis horas, respetar el cuerpo, cuidarlo. Dedicar diez minutos diarios a escucharlo y entender lo que pide. Hacer ejercicio, caminar. No utilizar fármacos si no es absolutamente necesario. Si no es. Absolutamente. Necesario.

5. Llamar a la abuela. Escribirle unas líneas cada día y enviarle una carta cada semana.

6. El poder de la música. Lhasa de Sela, su voz.

7. El poder de la lectura. Un libro, conmigo en todas partes, siempre.

8. El poder de los cuentos. No abandonar el proyecto de traducir los relatos recogidos por el mundo. No renunciar. Insistir aunque parezca tan fatigoso. Doloroso.

9. *Todo cuadra.*<sup>6</sup> Esta fórmula, todo está en su sitio. Pero no se puede traducir mucho. Todo es justo como tiene que ser. No hay que obstinarse en desplazar las piezas. Basta observar cómo se mueven, ver adónde van. Eso

somos: espectadores activos en el teatro del universo. La vida es realmente un espectáculo. Todo cuadra.

10. El amor es frágil. Es algo tan mágico que hace falta estar muy atentos a él. A cómo se dicen las cosas. De lo contrario se desvanece: se va. Debe permanecer en lo hermoso. Vive de sonrisas. Handle with care, con cuidado. Controlar las propias obsesiones, no hacer escenas de celos inútiles. No ponerlo a prueba, sobre todo. Nunca.

11. Palabras trampa. Capricho. Culpa. Regla. Peligro. No jugar con estas palabras. Cuando parece que los demás conocen las reglas del juego y tú no. Cuando quieren hacerte pensar que eres inepta, y al final lo piensas de verdad. Cuando quieren hacerte decir que has sido una niña mimada, que has jugado con fuego. Que la culpa es tuya. La culpa. Es tuya. Que no has sido prudente, no has visto el peligro. Egoísta, ciega. Había que aguantar. No jugar con estas palabras. No tocarlas. Son trampas mortales.

12. Cuando fui a Barnes & Noble, a la librería, a buscar una guía de Nueva York. 11 de septiembre de 2001. Las miradas de las personas a mi alrededor que se asomaban a la calle a ver el humo y decían tal vez un incendio. La historia nunca la entiendes mientras acontece. Es raro. Hasta Vera, la madre de David, me decía de cuando los llevaron a los campos: al principio no lo entiendes, es raro. La gran historia es una pequeña alteración en tu vida. Es la pequeña historia de tu vida la que es grande.

## 21. PAPÁ

Nació en Castagneto, en la provincia de Ascoli. El mayor de cuatro hermanos. Su padre, Giuseppe, fue *podestà* de la zona. Su madre, Mayme, mi abuela, murió dos semanas antes de que yo naciera. Llevo como segundo nombre el suyo. Mi abuela era hija de una americana: nacida en Kenosha, la ciudad de Orson Welles, en Wisconsin. Su padre se la llevó a Italia a cambio de un montón de dinero. Con ese dinero, con el dinero que cogió por marcharse con la niña y dejar a la mujer a la que había amado, mi bisabuelo compró sus tierras en Italia. Una especie de pecado original, un gran sufrimiento –una madre a quien se le arrebató a su hija– en el origen de una fortuna.

En las siguientes generaciones todos hemos pagado algo a cambio, terminado en aquel pozo. Papá tenía tres motos, su pasión. A los veinticuatro años perdió una pierna en un accidente. Pietro, se llama Pietro. Nada lo detiene. La fuerza que tengo me la ha transmitido él. Estudió para ingeniero, y se hizo agrónomo. En los años sesenta se fue a trabajar a Bruselas. Allí conoció a mi madre, Astrid, secretaria de un colega suyo. Italiano, sin una pierna: mi abuelo alemán era –se comprende– bastante contrario a la boda. Se casaron igual. Poco después nació yo, Irina Mayme. Me pusieron Irina porque en Alemania sonaba a italiano y en Italia a nórdico, a ruso, no a alemán sino a nórdico. Luego nació mi hermano Vittorio. Con él mi padre era muy distinto. Le dejaba hacer. Conmigo era autoritario, a menudo colérico. Me controlaba, me tenía encerrada como en una jaula. Si no le gustaba cómo iba vestida me mandaba a cambiarme. Cuando yo hablaba siempre tenía la impresión de que él no daba importancia a lo que decía. En las discusiones me decía: tú límitate a estar callada. Decía que le provocaba. Montaba en cólera, y no había forma de negociar. Mi madre no lograba evitarlo, aguantaba. Cuando podía me escapaba a casa de mi abuela. Recuerdo una vez. Tendría doce años. Se me había roto la radio, y mi hermano tenía dos. Le pedí una de las suyas y me dijo que no. La cogí de todos modos. Él fue a quejarse a mi padre. Papá entró en mi habitación: devuélvele la radio a tu hermano. Le contesté que no y me

dio un bofetón. Devuélvesela. No. Otro bofetón. Muchas veces, no sé cuántas, muchas. Como en una película encasquillada. Al final se la devolví.

Nunca he entendido por qué, pero siempre parecía enfadado.

Yo quería estudiar historia del arte. Él me dijo: ¿quieres ser autónoma en la vida? Hagamos un pacto. Yo te pago los estudios y tú estudias derecho. Tenía razón. Fue él quien decidió matricularme en la sección italiana de la escuela internacional, en Bruselas. Quería que fuera ante todo italiana. En cuanto cumplí los dieciocho años mi madre me cogió a solas y me dijo: tienes que irte. Y, en efecto, me fui.

Era realmente duro conmigo, sí, pero era un buen hombre. De eso estoy segura: me quería mucho. Cuando Mathias se llevó a las niñas y luego se suicidó, papá vino un día a casa, y en mi habitación me cogió por la camiseta sacudiéndome a la altura de los hombros. Me dijo: tú no te mueras, no permitas que te haga y me haga una cosa así. Tú no tienes que morir, él quería matarte pero tú no lo harás, no morirás. Fue en aquel momento, justo entonces –mirándome en los ojos de mi padre–, cuando comprendí que no, que no moriría. No podía hacerle eso, tenía razón, no podía hacérmelo a mí misma. A mis hijas. Siempre ha tenido razón.

A veces pienso que haberme acostumbrado a la violencia como forma habitual de convivencia –como modalidad de los vínculos de amor– no me ha ayudado, de adulta, a reconocer el peligro. Pero decir eso de mi padre me cuesta un esfuerzo enorme, no sé si soy capaz. Incluso me cuesta más que contar lo de mis niñas. Creo que eso es realmente lo más difícil. No creo que pueda decírselo nunca. Porque mi padre me quiere enormemente, de eso estoy segura. Es una persona maravillosa, le debo tanto de lo que soy... No soy capaz de recriminarle nada, no. Ha sido duro, pero ha obrado bien. Tenía razón. Me quería. Me quiere.

## 22. UN SUEÑO

Siempre sueño con agua, peces, ballenas. Sobre todo ballenas.

Pero una vez tuve un sueño tan vivo que me pareció real, y por la mañana lo escribí. Seguramente había sucedido, en algún sitio.

Me encontraba en una colina, justo después de la puesta de sol. Era una colina yerma, no había árboles sino únicamente matojos, muchísimos matojos. El cielo era anaranjado. Tenía que escapar de algo, no sé de qué, y llevaba a dos recién nacidos en brazos. Pesaban mucho, no podía correr con los dos en brazos. Entonces pensaba: escondo a uno detrás de un matojo y pongo a salvo al otro, luego vuelvo. Pero cuando volvía no encontraba al que había dejado. Buscaba desesperadamente hasta que lo encontraba. Entonces lo cogía, y volvía a donde había dejado al primero. Pero ya no lo encontraba donde lo había dejado, detrás de otro matojo, cuesta abajo. Así con el segundo en brazos me ponía a buscar al primero, pero pesaba y tenía que dejarlo. Por fin encontraba al primero, gran alivio, felicidad, pero enseguida pánico por haber dejado el segundo. Volvía a buscarlo, dejando al otro. No lo encontraba. Siempre perdía a uno de ellos. No sé cuántas veces. Siempre, constantemente.

Mientras escribía el sueño para reconciliarme con él, pensé que cuando supe que estaba embarazada de dos niños me costaba mucho trabajo imaginarlos juntos, hablarles a los dos. Cuando se habla, se habla siempre a una persona a la vez. Aparte de los mítines, es cierto, pero allí se está ante una multitud de desconocidos. Quiero decir que cuando te diriges a alguien a quien quieres, siempre es uno. Resulta muy difícil imaginar que les dices te quiero a dos. A la vez. Me costaba mucho trabajo, cuando estaba embarazada, decirles a dos personas a la vez: os quiero. Es extraño. Es difícil. Es de veras insólito. Dirigirse a dos, a veces, es demasiado. No te sientes capaz. Sientes que no estás a la altura. No sabes a quién pedir ayuda.

## 23. YO QUE TÚ. LINDERO

*Las buscas desde hace años. Debo tener la certeza de que he hecho todo lo posible, dices. No puedo dejar la puerta abierta a ninguna duda. Has fundado una asociación, en Suiza. Una fundación que en su nombre se ocupa de los niños desaparecidos. No te has detenido nunca. Temes que estén muertas, en el fondo lo piensas, a veces lo dices. Pero no tienes sus cuerpos. El luto en ausencia del cuerpo es una hemorragia misteriosa e imparable: siempre tienes nueva linfa que perder, se regenera, nunca llega el día en que se extingue. He visto a madres buscar a sus hijos durante treinta años, en Argentina. También he visto a abuelas reencontrar a sus nietos desaparecidos después de cuarenta, y es un espectáculo que no se puede explicar. Los ojos, sobre todo. La piel del rostro que se estira como si fuera nueva, y los ojos que brillan dentro.*

*Tengo que cruzar el lindero de la sombra a la luz, dices distraída mientras lavas un vaso.*

## 24. YO QUE TÚ. DETALLES

Quieres hablar de ti. De cómo eres ahora. Quieres decir, con los ojos abiertos como platos de sorpresa, que puede suceder, te ha sucedido lo que nunca habrías creído posible. El amor ha vuelto, no se había ido nunca: estaba escondido en un rincón, se había agazapado con las manos sobre la cabeza lleno de miedo, pero estaba ahí. Te lo recriminarán. Deberías llevar el luto eternamente, dicen sin decir: qué vergüenza olvidar a las propias hijas. Pero tú inclinas la cabeza y sonríes con tus pequeños dientes: no saben de qué hablan, dices. Olvidar es imposible, pero hay que vivir porque la naturaleza lo ha decidido así: el dolor por sí solo no mata. La ausencia de un amor se arregla con otro amor. Hablas, hablas. Explicas las transformaciones. Recuerdas. Te preguntas. Cómo ha sido posible para una mujer como tú –una abogada de gran éxito, ejecutiva de una multinacional, una mujer culta y cosmopolita, una persona rica en experiencias vitales–, cómo ha sido posible, pues, que no reconocieras el peligro en el hombre que vivía a tu lado. Sobre eso nos detenemos mucho, nos preguntamos mutuamente. ¿Había violencia? No, al menos no física. Había dureza, a veces. Pero de carácter. Cierta frialdad. Un hombre pulcro, precavido, riguroso, prudente. Fiable, por ello: un gran organizador, un hombre que sabía pensar en todo, una seguridad. Muy atento con las hijas, sus hijas: presente, constante. ¿No había señales? No, no las había. O quizá las hubiera, seguro que las había, pero no las reconocí. Era un hombre con una personalidad psicorrígida, dijeron luego los expertos. ¿Sabes qué es un psicorrígido? ¿Cómo se comporta? Empareja los calcetines antes de meterlos en la lavadora, ordena los platos en fila decreciente en el lavavajillas, es un maníaco del orden según su propio orden, dispone los objetos en la mesa siempre del mismo modo, planifica las jornadas tomando notas en un cuaderno, vive la recogida selectiva de residuos como un ritual. Ríes, Irina. El mundo está lleno de hombres así. Hombres que no admiten imprevistos, que regulan los acontecimientos como guardias urbanos de la vida. Mathias era ingeniero. Un ingeniero suizo alemán, vuelves a reír. Brillante, amante de la vela, querido por sus amigos. Un manipulador, desde

*luego. Alguien que consigue poner a todos de su parte. Lo logró incluso conmigo. Un jugador de ajedrez que te ofrece una copa de vino y te cuenta un chascarrillo divertido mientras te arrincona, pero a ti no te parece que estás en un rincón, te parece que estás justamente donde debes y quieres estar. ¿Me entiendes? Hablas, hablas. Dices que había algún detalle un poco siniestro, pero eran justamente detalles, y no es que todos los psicorrígidos se lleven a sus hijas. Y en todo caso hay que estar atentas, sí, eso es, hay que estar atentas a no considerar normal cada día alguna pequeña vejación nueva, alguna minúscula regla incomprensible pero en el fondo tolerable, hay que estar atentas a no retroceder sin darse cuenta hasta encontrarte en un sitio que ya no es tu sitio pero entonces ya es demasiado tarde. Porque eso es lo que me pasó a mí, dices. Me di cuenta de que ya no era yo, pero estaban las niñas y era demasiado tarde.*

*Pensé: paciencia, pasará.*

## 25. PARA MONSIEUR M.

*Para Monsieur M.*

*Fiscal jefe y responsable de la policía judicial del distrito de L.*

Distinguido Monsieur M.:

Ante todo me disculpo por dirigirme a usted por carta pero me ha sido imposible, en los muchos meses transcurridos hasta ahora, conseguir una nueva cita después de aquel lejano primer encuentro nuestro. De haber sabido que sería también el último lo habría hecho mejor. Quiero decir que habría intentado –pese a estar «emotivamente implicada», como usted me hizo notar– ser más precisa, clara y pertinente en mis demandas. Es lo que trataré de hacer, ahora, por escrito.

Entonces estaba en efecto emotivamente implicada, y no puedo negar que sigo estándolo. Pero soy consciente de que la policía judicial de su cantón tiene, por supuesto, una gran cantidad de investigaciones a las que hacer frente, episodios criminales al lado de los cuales la desaparición ya remota de dos niñas de seis años puede archivarse. Es eso lo que me ha inducido a escribirle: la breve nota con la que su oficina me informa de que, ante el resultado negativo de las investigaciones, el caso será archivado. Me dicen que se requiere mi firma como refrendo para completar el acto. Por otra parte es necesario archivarlo para proceder a «posteriores cumplimientos», concluye la telegráfica misiva. El principal de tales cumplimientos, no sé determinar ningún otro, es la declaración de muerte presunta indispensable para iniciar la sucesión testamentaria en favor de los parientes del padre de las niñas, en ausencia de herederos descendientes.

Comprenderá usted, distinguido Monsieur M., mi dificultad para firmar. No por la herencia, naturalmente: no hace falta que aclare que no me afectaría en ningún caso. Usted lo sabe bien –consta todo en los autos–, me cuesta incluso consignar por escrito semejante precisión. Es por la muerte presunta. Le ruego considere, por más que la función que usted desempeña le imponga una necesaria y forzosa distancia con respecto a los estados de ánimo de las personas con las que entra en contacto, que para mí resulta realmente

imposible suscribir semejante aceptación sin tener la certeza de haber recorrido todos los caminos hacia la verdad de los hechos. No sé, no sabemos, cómo sucedieron las cosas. En mi opinión las investigaciones han dejado abiertas algunas importantes cuestiones que quisiera, con el máximo respeto, someter a su consideración. Seré concisa, y procederé por puntos.

- La intención homicida. En el que fuera nuestro único encuentro me pareció que usted identificaba mi último correo electrónico a Mathias, el padre de las niñas, como la causa desencadenante de su «desesperación» –así la definió–, dando a entender que un hombre en aquel estado de postración habría podido realizar un gesto extremo. Dese usted cuenta, señora, de lo que ha escrito, me dijo. Le adjunto aquel correo electrónico, es del 26 de enero de 2011, deseo ahorrarle la molestia de tener que buscarlo en los autos. Le ruego que lo relea. Es un intercambio de información en el que encontrará incluso matices de afecto, de complicidad. Por lo demás, la separación no había sido en absoluto traumática, nunca había habido una discusión entre nosotros. Le recuerdo que en el período inmediatamente anterior a la desaparición las niñas habían estado durante las vacaciones de Navidad nada menos que tres semanas en el Caribe con su padre. Tres semanas era mucho más de lo pactado en los acuerdos. Mi ex marido y yo consideramos ambos que aquel viaje les gustaría a Alessia y Livia: juntos determinamos que era la decisión correcta. A su vuelta retomamos la rutina ordinaria, sin rencillas. Nada, hasta el domingo de la desaparición, podía hacer pensar que Mathias tenía intenciones distintas de las de un buen padre.

- Las psicólogas. Es éste un punto –la intención homicida, el verdadero estado de ánimo de Mathias sobre el que quizá se podría oír a las personas competentes, para una eventual confirmación. La psicóloga que lo trataba desde hacía tiempo, por ejemplo, y que le había visto el jueves: sólo tres días antes de la desaparición. Nunca se la ha escuchado, con el argumento de que vive y trabaja en un cantón distinto del nuestro: problemas de procedimientos burocráticos. Se requería, me dijeron, una especie de comisión rogatoria entre cantones. Y se consideró superfluo. En cambio, su oficina llamó por teléfono a la terapeuta de pareja a la que habíamos ido ambos durante largo tiempo en vísperas de la separación. Ésta respondió que no podía dar información si no era en persona, y rogó que fuera alguien a hablar con ella. No fue nadie. Si

hubiera tenido algo importante que decirnos, nos habría llamado, me respondió uno de sus colaboradores. No tenemos, pues, información alguna sobre las condiciones efectivas de salud psicofísica de Mathias.

- Los zapatos. Dado, pues, que nada nos induce a creer que mi ex marido tuviera intenciones homicidas, creo necesario presentar pruebas. Nuestros vecinos de al lado dijeron que, cuando fue a su casa aquel día a buscar a las niñas a la hora de comer, calzaba unos zapatos de senderismo sucios de barro. Quizá por la mañana había estado en algún sitio en el campo o en el bosque. ¿Dónde? ¿Por qué? Yo encontré aquellos zapatos en casa, y los llevé a su oficina para que indagaran sobre la tierra pegada a las suelas. Me respondieron que la tierra es igual en todas partes. No se examinaron las muestras.

- La casa. No se precintó en ningún momento. Me pregunto si no había objetos, huellas, rastros que permitieran deducir los proyectos de Mathias. Decenas de personas, durante semanas, entraron y salieron libremente. Me pregunto si en casa no había, si no hay aún, elementos útiles para la investigación.

- La tarjeta de teléfono. Tuve que garantizar el pago eventual de novecientos francos para pedir que se rastrearán las llamadas y se localizara la posición de Mathias el domingo de la desaparición. Desconozco su lista de llamadas entrantes y salientes. ¿Con quién habló? ¿Cuántas veces? ¿Durante cuánto rato? Me parece relevante.

- Los parientes. En los cinco días transcurridos entre su desaparición y su muerte, como usted sabe, ninguno de los parientes de Mathias vino a Saint-Simon para participar en su búsqueda ni se involucró en modo alguno. No tenemos noticias de sus actividades en aquellos días, ni en los siguientes. Creo que sería importante tenerlas.

- La alerta de secuestro. La policía suiza no avisó en ningún momento a sus homólogas francesa e italiana con una alerta de secuestro. El coche recorrió decenas de miles de kilómetros sin que hubiera una razón para detenerlo a lo

largo de todo el trayecto. El vehículo estaba a mi nombre: quizá habría bastado un simple aviso de robo para activar un control.

- Los avistamientos. Una testigo considerada fidedigna dijo que había visto a las niñas el domingo de la desaparición, junto con su padre, en las inmediaciones del aeropuerto de Lyon. Me pregunto y le pregunto a usted si se han investigado los registros aeroportuarios de dicha terminal, lo que a mí no me consta, para verificar si hubo salidas de menores no acompañados, y en ese caso quién las autorizó, y hacia qué destino.

- Las bolsas náuticas. Como ya denuncié a sus agentes, del armario de casa desaparecieron dos bolsas náuticas. Mathias era un gran aficionado a la vela, tenía un barco amarrado en el lago. En aquellas bolsas guardaba sus cosas. En el armario encontré los objetos, pero no las bolsas. ¿Tiene usted idea de la forma y las dimensiones de una bolsa náutica? Un gran cono de tela, de más de un metro de largo, que se cierra con una cuerda por un lado. Pues bien. Dos. Las vació y se las llevó.

Hay muchas otras cuestiones a las que he estado dando vueltas en estos meses, distinguido Monsieur M., pero no quiero importunarle con suposiciones. Observo únicamente que el argumento esgrimido por su oficina frente a cualquier ulterior requerimiento mío —«su marido era suizo alemán, no brasileño, y por lo tanto una persona responsable», «su marido era el padre de las niñas, se habrá preocupado de su suerte»— sigue sin parecerme suficiente para cerrar el caso. No desde mi punto de vista, que espero y deseo le parezca relevante. No firmaré, pues, el requerimiento para archivar el caso. Antes al contrario, mi intención hoy es pedirle que tenga a bien conceder una ulterior profundización de las investigaciones, si es posible en colaboración con las oficinas homólogas de los países afectados. Aunque tardías, unas nuevas investigaciones podrían dar fruto. Sean del tipo que sean, podrían darnos certezas que no hemos tenido hasta ahora.

Confío en su colaboración, en su comprensión, y le presento mis respetos.

Con mis mejores deseos,

I. L.

## 26. TIEMPO

A finales de aquel mismo año me marché. Diez meses después. Diez meses de drogas: somníferos calmantes antidepresivos sedantes. Un tiempo sin día y sin noche, tiempo entre algodones.

Irme. Irme sola. Irme muy lejos, hacia el agua. No llevar nada, un bolso con un libro una libreta un par de zapatos. No necesitar nada. Pedir hospitalidad, en las aldeas, como una vagabunda. Caminar, caminar. Asia. No sé por cuánto tiempo. Indonesia, en Asia. Un punto en el mapa, el recuerdo de un remoto viaje de años anteriores. Yogyakarta, Java. Una isla, algo lejos. Célebes. Cuatro brazos de tierra en el mar.

Nunca he metido la cabeza bajo el agua. Quiero decir, no así: a fondo, en inmersión. Pero allí en la aldea había un cartel y el cartel ofrecía un guía. ¿Has estado alguna vez bajo el agua? Yo pensaba que estaba oscuro pero nunca está oscuro. Los peces nadan por familias, organizados por color, por raza. El fondo es como un paisaje montañoso, una geografía secreta. Sólo soy capaz de explicar la sensación de paz. Como si la naturaleza fuera mucho más justa. Hay silencio. Estás suspendido: como si volaras, pero sostenido por el agua. Subes y bajas con la respiración. El aire se expande, y subes. A veces un poco de vértigo. En el silencio, a ratos una especie de música, una melodía ahogada y remota. Azul, colores. Ningún límite. El plancton, de noche. Cuando te mueves todo brilla. Una armonía inmensa, perfecta. Una gran libertad. Estás inerme, indefensa. No eres nada, y sin embargo finalmente te sientes. Tú misma, toda entera, ligera y densa. De repente todas las vicisitudes humanas parecen pertenecer a otro diseño. Coherente, misterioso.

La vida es muy sencilla. Para ser felices no hace falta tanto. Para ser felices no hace falta casi nada. Nada, en cualquier caso, que no esté ya dentro de nosotros.

El agua me curó. Entré en ella un día y salí no sé cuánto tiempo después. Ya no tenía memoria de los hechos pequeños, habían desaparecido los detalles. Cuándo, a qué hora, qué día, quién. Nada. Nadie antes, nadie después. Quedaba sólo un recuerdo, nítido y luminoso, de lo que había amado y lo que amo: todo en el presente, todo aquí y ahora. El tiempo es nuestra cárcel. El demasiado pronto, el demasiado tarde, el demasiado breve y demasiado poco.

En aquel tiempo sin tiempo conocí a Luis.

## 27. LUIS

Luis tiene las manos largas, casi cuesta creer que son las suyas. Deben de ser las manos de un antepasado, pensé la primera vez que las vi salir de los bolsillos. Tal vez un tatarabuelo griego. Armenio. También andaluz, sí, pero qué sabía yo de las manos de los andaluces. Pensé: griegas.

Resulta difícil decir cuántos años tiene Luis. A veces, cuando le palpitan las venas en las sienes, parece viejísimo y querrías que te sentara en sus rodillas y te explicara cómo es la vida. Otras veces, cuando ríe con sus dientes blancos, quisieras cogerlo en brazos y decirle: ven, chiquillo, no tengas miedo. Yo te cojo, ven.

Luis no teme al dolor. Ni al suyo ni al de los demás. Lo conoce muy bien: lo acepta con mucho amor, como a un amigo. Lo trata con confianza y con respeto. Lo tutea siempre, pero con mayúsculas.

No siente ningún apuro por los humores del cuerpo. Eso resulta sorprendente en un hombre. La sangre las lágrimas el sudor la orina las heces. Si se ensucia se limpia, si se corta se cura. Lloro con frecuencia, suda con facilidad. Todo lo que conoció en el instante en que vino al mundo está en su mundo, naturalmente, siempre.

De hecho, Luis no es exactamente un hombre. Quiero decir que no es sólo un hombre. Hay una mujer escondida en su interior.

Nunca dice que no. Como mucho, dice: es posible. Es su forma de indicar una dificultad. No es fácil. No es seguro. No estaba previsto. Es realmente complicado. Por lo tanto: es posible.

Lo primero que me regaló fueron las llaves de su casa. Casi no nos conocíamos. Había añadido al manojito un llavero en forma de ballena. Una vez, muchos meses antes, en un breve inciso de un correo electrónico yo le

había explicado que a menudo soñaba con las ballenas. Pero justo en un inciso. En unas pocas palabras.

Tiene una memoria prodigiosa. Lo recuerda todo. Una melodía que ha escuchado una vez, una conversación en la mesa de al lado, páginas de libros, anécdotas remotas. Nombres de personas conocidas de pasada. Miradas, intenciones, secuencias, colores de la ropa, pensamientos no expresados, no terminados de pensar. Es como si su memoria no tuviera fondo. Como si contuviera cada cosa ya de antes y sólo tuviera que recuperarla. Se sumerge, la coge, y vuelve. Es un pescador de corales.

Me distrae, me lleva por ahí, me hace reír muchísimo. También me hace llorar. Me deja llorar cuando llega el llanto: se queda ahí en silencio, quieto, tranquilo. Luego pasa, me coge de la mano y me dice: ahora vámonos.

Cuando le dije, aquel día: pero cómo, ¿en el baño de tu casa no hay bidet?, me arrepentí al instante. Qué estupidez decirlo: ya se ve que no lo hay. Me excusé, sonreí. A la semana siguiente instaló uno. Me dijo: por supuesto, lo he montado yo solo. Yo no me lo creo, pero tampoco estoy segura. Efectivamente, podría haberlo hecho él solo. No tiene ninguna importancia, lo sé, pero pienso en ello a menudo. Podría haber cogido un pico, haber soldado los tubos. Quién sabe.

Luis corre, monta en bicicleta, camina por el bosque, nada durante horas. Tiene el aliento de un animal salvaje. En cualquier caso fuma y bebe vino tinto.

La vez que le vi enfadado con su hijo, realmente furioso, no le dijo: eres un imbécil. Le dijo: *estás muy equivocado*.<sup>7</sup> No «eres tú el error» sino que «hay un error en lo que haces». Es diferente.

Tiene un extraordinario talento para su trabajo, pero él no lo sabe. No del todo. Entiende que se las arregla bien, que tiene un don. Hace vivir lo que dibuja, eso lo ve. Pero si le dices tú dominas el alma de las cosas, la vida más allá de la vida, se encoge de hombros y dice venga, déjalo ya.

A veces desaparece, luego vuelve. Nunca te pone a prueba, nunca eres objeto de examen. En consecuencia: tú nunca le pones a prueba. No sirve. Es el que es, lo es siempre. Hasta cuando no está.

He estado enamorada muchas veces en la vida. He conocido el deseo la pasión la necesidad la ternura la compasión la complicidad la fraternidad la afinidad, los celos y el tormento, la desesperación y la tranquila alegría cotidiana. Creía que había amado mucho y que ya no amaría más. Me equivocaba.

Sólo ahora me parece entender el amor, sea lo que sea.

## 28. LIVIA, ALESSIA

No. No llevo ninguna foto conmigo. No, no llevo una en el billetero. No tengo ninguna necesidad de verlas retratadas inmóviles en un instante del pasado. Las veo vivas en el presente, ni siquiera tengo que cerrar los ojos. Las veo y las siento. Ninguna foto se asemeja a una persona viva. En las fotos se está quieto. En la realidad, aun estando quietos, se respira. Las fotos no respiran.

No. Más que difícil, o imposible, me parece inútil tratar de describirlas. Utilizaría adjetivos llenos de sentido para mí y vacíos para cualquier otro. ¿Qué significa para ti «Livia es más introvertida, Alessia más apacible»? Categorías, casillas. Para mí, en cambio, cada palabra es una cadena de gestos, movimientos del cuerpo, episodios mínimos, miradas. Livia es más fuerte e independiente. Alessia es más tímida y sensible. Ya ves, no quiere decir nada. A lo sumo quisiera ser capaz de explicar la sensación física que experimentaba cada vez que las cogía en brazos. En aquella especie de impulso y de abandono que tiene el cuerpo de un niño cuando se deja alzar: Livia permanecía siempre entera, íntegra. Con una rigidez vertical interna, no sabría cómo decirlo. Era siempre ella. En cambio a Alessia era como si te la untaras encima, se convertía en un calco de mi cuerpo. Se convertía en mí. Tenían consistencias distintas. Por la forma de dejarse abrazar se podía saber qué personas habrían llegado a ser.

No. No hay una imagen que vuelve en los recuerdos. Todos. Todos los recuerdos están aquí: no es que vuelvan, no se han ido nunca. No se han movido nunca del instante en que llegaron al mundo. Se mueven, claro está. A veces te sorprenden por el momento en que se manifiestan. Quiero decir que no te los esperas. La otra noche mientras cerraba la puerta de casa con llave llegó el de aquella tarde en el lago. Tendrían unos tres años, íbamos en bicicleta y Alessia no lograba hacer andar la suya. Yo estaba allí delante de la rueda desde hacía ya un rato, de rodillas. Tocaba los frenos, los cables. Buscaba la avería. Se me acercó Livia, minúscula, de pie era tan alta como yo

agachada. Me dijo: mamá, la bicicleta de Alessia no funciona porque el manillar está al revés. Así, de un tirón. Mientras cerraba la puerta de casa con llave, la otra noche.

## 29. A PHILIPPE

*A Philippe R.*

*32, rue de Savoie Paris VI*

Queridísimo Philippe:

Las casualidades no existen, me decías siempre riendo cuando salíamos por la noche y yo te contaba, en la mesilla de nuestro bistró, cuánto me impresionaba ese retornar de números, de nombres, de lugares en el curso de la vida. No existen, Irina, me decías: todos son nudos que van a parar al peine de nuestras vidas. Para algunos llegan, para otros no llegan nunca. Además, hay quien no se peina, reías más fuerte y me servías más bebida.

Ha sido la primera imagen que he revivido de nosotros al enterarme del atentado a tu redacción. Aun antes de llamarte, aun antes de encontrar el valor para marcar tu número y esperar la respuesta –u oír el timbre sonando en vano, por favor, que no suene en vano–, he visto tus dientes en la sonrisa, la penumbra de aquellas noches, las sillas de hierro en la acera, tus manos. Las casualidades no existen. Venga, vámonos a casa.

Así que estás bien, en la medida en que puedas estarlo después de lo que ha sucedido en el periódico. Me acuerdo bien de aquellos despachos llenos de papeles, de dibujos, de tubos de cartón apoyados en los rincones. Fuimos allí, me llevaste, poco antes de que yo dejara París. Fuiste la última persona a la que vi, el último cruce de miradas –en el aeropuerto– antes de partir hacia mi nueva vida. En Lausana, para ocupar un puesto muy importante, tan importante que no podía decir que no. ¿Lo recuerdas? No puedes, Irina. Tienes que ir. Ahora no pienses en nosotros, de momento ve. Volveremos a vernos.

Pues bien. Tú en la redacción, ahora tú. Todos estos años. Pero el tiempo, como las casualidades, tampoco existe, ¿verdad? Es una invención, un criterio elegido entre millones de posibles instrumentos de medida. Siempre reías, reías mucho cuando te decía: las fechas de mis traslados no las olvido, no puedo. Llegué a París por primera vez –¿qué día era?– el día antes de la muerte de Lady Di en el túnel de l’Alma, el 30 agosto de 1997. Llegué a

Nueva York –¿qué día era, qué mes?– el día antes del atentado a las torres gemelas. Fue el 10 de septiembre de 2001. Al día siguiente había ido a Barnes & Noble a comprar una guía, cuando fuera de la librería la gente empezó a mirar hacia arriba diciendo: un incendio. Las fechas de nacimiento, pero éstas ya las sabes. Alessia y Livia nacieron el 7 de octubre, como la abuela Mayme, aquella cuyo nombre llevo y de cuya madre revivo la suerte. También cuando nacieron las niñas me enviaste una tarjeta de felicitación en italiano que decía: *Tutto torna*. Todo cuadra. En efecto, sí. Cuadra.

En cambio no te he hablado nunca de Propriano. Un lugar que no había oído mencionar jamás antes de saber, por las investigaciones, que Mathias había desembarcado en este pueblo de Córcega en la primera etapa de su viaje: en Marsella había embarcado rumbo a Propriano. Quizá Alessia y Livia iban con él en el barco, se sabe que había sacado tres billetes. También se sabe que desde Propriano regresó él solo a Tolón. Por lo tanto –decían los investigadores–, suponiendo que las niñas hubieran embarcado realmente y suponiendo que –de ser así– también hubieran desembarcado, Propriano es el lugar donde alguien las cogió para llevárselas. En suma, ese sitio del que hasta entonces no sabía nada de repente pasa a ser crucial. El centro del mundo.

Mucho mucho tiempo después viajé a Indonesia. Allí conocí a dos personas, un hombre y una mujer. El hombre era Luis, ya lo sabes todo de él. La mujer una amiga suya, española como él, pensaba yo. En cambio, cuando nos sentamos a una mesa allá lejos, en el otro extremo del mundo, al pie de un volcán, ella empezó a hablar de sí misma y lo primero que dijo fue esto: en realidad soy de Córcega. Nací en Propriano. En un primer momento creí que no lo había entendido bien. Le pregunté: ¿dónde? Ella lo repitió. De todo el mundo, en Propriano.

De acuerdo, Philippe. Las casualidades no existen. Tienes razón tú, comme d’habitude. Existen los deseos y las pasiones que nos llevan y nos atan, las rutas dibujadas e invisibles por las que circulamos, los nudos, los peines, nuestros cabellos. Ahora los míos son muy cortos. Casi no hacen falta cepillos, bastan las manos para mantenerlos en orden. Las manos para escribirse, para abrazarse. Para saludarse al encontrarse en la sala de llegadas del aeropuerto. Voy pronto a verte, o ven tú. Te echo de menos.

I.

### 30. YO QUE TÚ. SUIZA

*Luego quieres hablar de Suiza. Poner en guardia al mundo entero contra Suiza, explicar cómo se sobrevive a Suiza, y ésa es la tarde que más nos hace reír de las que hemos pasado juntas. Deberías escribir un manual de autoayuda, dices –te enciendes de alegría y vas a buscar bebida, enjuagas las copas ya usadas–, sería lo más sensato que podrías hacer, sí: un manual para gente obligada a vivir en Suiza por trabajo, o por los azares de la vida, para que sepan, especialmente los que vienen del Sur del mundo, a qué se enfrentan y cómo defenderse si los contrata una empresa suiza, o se enamoran de un Karl, de un Mathias, de una Rose. Uno no tiene ni idea, dices.*

*Tú, que has viajado por todo el mundo y te has perdido en Suiza. Tú, que tienes no sé cuántas licenciaturas, hablas no sé cuántas lenguas, has tratado con no sé cuántos tiburones de las finanzas en el mundo y has tenido que claudicar ante esos dos policías –llenas una copa de vino, ríes con la cabeza inclinada, casi te disculpas porque todavía no te lo crees–. Ni siquiera cuando hablas de las investigaciones trágicas, incoherentes desordenadas confusas tardías, ni siquiera cuando dices que en la policía te trataban con suficiencia porque eras italiana y encima mujer, y tu marido en cambio suizo y hombre, dejas nunca de imitar a los dos policías de película cómica con los que te tropezaste y te parece verlos, uno alto y otro bajo, uno delgado y otro gordo, ante el escritorio vacío y pulcro. Imitas su voz, su acento, sus miradas. Y cuando hablas de la caricatura del poder, del jefe de la policía del cantón que si hay que pedir una hoja a otro cantón, a diez kilómetros de distancia, ya es una comisión rogatoria internacional: imposible, señora, entiéndalo, un gasto que no podemos afrontar. Tú, que vas a Pekín en veinticuatro horas a buscar una hoja, si hace falta.*

*Hay un momento en que te entristeces. Es cuando hablas del testamento que encontraste en el cajón el domingo por la noche, el día de su desaparición. Tres días antes no estaba. Sin duda Mathias lo había escrito y*

*metido allí antes de marcharse. Pero estaba escrito en alemán, naturalmente, su lengua. Y los policías que tenías al lado eran, son, franceses. Hace falta una traducción jurada, se necesita una semana para tenerla, señora. Paciencia si tú se lo estabas traduciendo allí de pie en casa sobre la marcha, gritabas leed lo que está escrito aquí, dice: «si no estuvieran las niñas todos mis bienes irán a mi familia», ¿qué significa «si no estuvieran las niñas»? Tienen seis años, ¿por qué no iban a estar? Pero ellos no te escuchaban. Señora, usted es parte interesada, guarde silencio. Le confiaremos el documento a un intérprete, no nos moleste. Si te hubieran escuchado, dices, si hubieran entendido lo que estaba pasando como lo entendiste tú, tal vez habrían podido pararlo. Perdieron cinco días. Todos.*

*Dices de estas investigaciones que no han investigado nada salvo tu culpa por haber decidido separarte de Mathias. Y entonces hablas del machismo, del racismo. De cómo una mujer italiana en Suiza está realmente sola en el mundo y por tanto en peligro, cuando hay peligro, cien veces más que en cualquier otro lugar. Pero luego no, te corriges: en realidad estás en peligro en todas partes cuando las personas de tu alrededor no te ven, no te creen. Imagino que ocurre en todas partes, sí. Eso es, piensas: lo que hace falta no es un manual de autodefensa de Suiza, sino un compendio acerca de cómo una mujer puede hacerse escuchar, a quién tiene que recurrir cuando el país en el que vive no dispone de los instrumentos –por alguna razón, cualquier razón– para escucharla. Tiene que haber mecanismos automáticos que se activen cuando desaparece un niño. Procedimientos, prioridades. Por eso he fundado Missing Children Switzerland, dices. Antes no existía. Alguien como yo no sabía a quién acudir para que le escucharan, para que le ayudaran. Ahora sí, sonrías con un movimiento de cabeza.*

## 31. NIÑOS

No siento ninguna necesidad de tener más hijos. He visto que los pingüinos, cuando les sucede algo a su huevo, roban otro y lo incuban. Lo entiendo. Son bonitos los pingüinos. Pero pingüinos, en cualquier caso.

Se tiene nostalgia de las personas, no de las categorías. De tu abuela, exactamente de ella, no de las abuelas. De tu padre, no de un padre. Alessia y Livia no son niñas: son Alessia y Livia. No echo de menos los hijos: las echo de menos a ellas. La ausencia es una presencia constante: te desafía en un cuerpo a cuerpo cotidiano, te asedia. Te quiere en la lucha, mide tu respiración. La nostalgia es además física. Es absolutamente imposible colmar la falta de un cuerpo vivo: aquel olor, aquella suavidad de la piel, aquella voz cuando te llama. Aquella especie de resistencia dócil al abrazo, aquella forma de torcer el cuello. No hay nada, nadie, que pueda reemplazar la ausencia de alguien. Sólo el sueño. Cuando vuelven perfumadas y vivas en los sueños, con sus cuerpos y con sus voces. Soy feliz cuando sueño con ellas. Me despierto feliz.

Me encuentro muy bien con los niños. Ahora que ellas no están, quiero decir. Me gustan muchísimo los hijos de los amigos, me divierto con ellos, me hacen reír y me enamoran. Me paro por la calle a ver jugar a los niños. Nunca, pero nunca, pienso que quisiera que fueran míos. Los atributos de posesión deberían estar prohibidos para las personas. Cuando oigo decir «mi mujer», «mi hijo», me siento siempre incómoda. También Mathias lo hacía. Hay algo de embustero y de ligeramente violento en ese «mi». Como una imperceptible vejación. Un robo de identidad. Nadie es de nadie, pienso. En cambio todos, si queremos, somos de cada uno.

Hay algo en mí de la bailarina irlandesa que deja a sus hijos para ir a

América.

Hay algo en mí de la madre americana a quien le roban la hija, Mayme.

La remota raíz de una planta que crece. Una planta dentro de ti, tus raíces.  
Por otra parte, me llamo Mayme.

Soy madre, lo seré siempre. Sin hijos pero madre. No hacen falta hijos para ser madres.

## 32. YO QUE TÚ. UN SUEÑO

*Anoche vinieron a verme, dices. Tus ojos parecen más grandes, llenos de agua, brillan a la fuerte luz del día. ¿Estás contenta?, te pregunto estúpidamente. Nunca sé cómo preguntarte por ellas, siempre quisiera no hacerlo. Sólo imaginar tus pensamientos en el silencio. Toda palabra lo estropea, eso seguro. Ninguna es tan precisa y a la vez tan dúctil, y luego todo está tan claro..., más claro aún sin hablar. Al principio es como si hubiéramos hecho un pacto mudo. Pero ahora que es por la mañana –cada mañana todo vuelve a empezar–, ahora que entras cargada de dulces y mientras llegas dices, con el primer aliento: anoche vinieron a verme, te lo pregunto.*

*Feliz, no contenta. Agradecida, atónita y feliz. Porque –me explicas– siempre es una especie de milagro y una fiesta cuando llegan en sueños: están de verdad, están en la vida. El sueño –lo sabes– no es un lugar diferente de la vida real: es realidad en una forma distinta. Sólo que hay algo que no cuadra, ¿cómo lo diría? Hay algo que al despertar te hace pensar: yo no he visto nunca ese lugar, nunca he tenido ese vestido. O ni que sea: respirar en el agua es imposible, y sin embargo respiraba y hablaba. ¿Me entiendes? Es decir, algo irreal. Esta noche, en cambio, eran auténticas.*

*¿Auténticas cómo?*

*Eran mayores, habían crecido. Eran como son ahora. Como no las había visto nunca. ¡Me he emocionado tanto al verlas mayores! Era inmensamente feliz, sólo podía pensar qué guapas son, cómo han cambiado, pero no podía hablar. Entonces se me han echado a los brazos.*

*¿Las has cogido en brazos?*

*No habría podido. Eran mayores, ya te lo he dicho. Y luego estaba sentada, estaba en nuestro sillón. Ellas han venido conmigo, sobre mis piernas, me han abrazado. Entonces las he sentido, las he estrechado y he sentido sus cuerpos. El perfume, igual pero distinto. La piel, más densa pero lisa todavía. Las costillas más fuertes, en el tórax. Las piernas largas hasta el suelo, una vez sentadas. Larguísimas. Nos abrazábamos, nos tocábamos,*

*nos estrechábamos. Nos mirábamos a los ojos riendo. Después no recuerdo más, sólo los ojos en los ojos.*

*¿Terminó así, sin un sonido?*

*Sin palabras. Pero había un sonido, como si fuera el sonido del aire. Una especie de vibración sutil.*

*Nos callamos. Sé que ambas pensamos en la vibración sutil. Tratamos de oírla. Al cabo de un rato dices, volviendo la cabeza hacia la ventana: sólo el amor por un hijo es amor, amor verdadero. Y creo que sólo ese amor, el amor por los hijos, tiene un sonido. Cuando tú los miras y ellos te miran a ti –en ciertos momentos de silencio– logras oírlo. Una especie de onda remota, magnética. Como si un arco invisible tocara la cuerda de una viola que no está.*

*No puede haber felicidad más absoluta –buscas de nuevo mis ojos, me sonrías con los tuyos–, ¿verdad?*

### 33. DEJA QUE SEA SÓLO YO

Deja que sea sólo yo, yo y nadie más, ahora, quien me haga preguntas. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti? ¿Qué tienes que me afecta, que me cambia? ¿Por qué, después de haberte conocido, me parece que todo vuelve a su sitio: más difícil de definir, más fácil de llevar?

No es la historia que cuentas, no es eso. No es la secuencia de los gestos, los misterios, los detalles. No. Nunca tengo el menor deseo de repasar la investigación, ni tú. Los hechos están fuera de esta habitación, petrificados en otro lugar: están todos en torno al discurso, nunca en el centro. Dónde pueden estar hoy las niñas es algo que no nos preguntamos nunca con palabras. No ha habido necesidad de decirlo: simplemente no lo hacemos. Además, no has venido por eso: habría sido absurdo. No para encontrarlas a ellas, sino para encontrar a alguien que te escuche. Algo de ti en esa escucha. Y yo, ¿qué he encontrado que me pertenece y que no sabía que buscaba?

A duras penas me acordaba de ti, de los periódicos. Llamaste a la puerta, me dijiste: hablemos. Por qué, te pregunté. No de qué, sino por qué. Creo que será útil, espero, me respondiste. Por necesidad. Transcurrió un momento y pasó a ser una necesidad también mía. Escucharte, mi necesidad. De qué, me pregunto. Por qué.

Porque todo parecía tranquilo. Ordenado, justo. Todo parecía como debía ser.

Porque caminabas serena al borde del abismo. La normalidad. Basta un paso en falso. Un paso a un lado, imperceptible.

Porque no, no es cierto. Hay una razón, ¿no?, que gobierna nuestras acciones. Hay opciones, decisiones. Escogemos a las personas con las que vivir, concebir hijos, construir casas. Si podemos, lo hacemos.

¿Podemos? ¿Lo hacemos?

Háblame de tu padre, ¿cómo era tu padre cuando eras pequeña? ¿Y cómo es ahora?

Háblame también de cuando te dijo: tú no te mueras.

El deber, el deber. No defraudar, estar a la altura. ¿Has sido buena? Has sido buena.

Hay un nudo en el corazón. Hay luz en la sombra. Hay sombra siempre.

Porque hace falta valor, porque hace falta fuerza. Porque el valor y la fuerza no bastan.

Aunque hayas sido buena, no basta.

Háblame también de los presentimientos, de las casualidades.

¿Estamos todos destinados a repetir otras vidas? ¿Se nos asigna la tarea de dar en la vida un solo paso, quizá en redondo, quizá hacia atrás aunque parezca hacia delante?

No, no exactamente. Dices: podemos muy bien sacar al destino de su sitio, mira, podemos sustraernos a la obligación, ya ves. Salir del lugar que los demás nos asignan, podemos. Los demás no son el destino, ¿no es así? También dices: encontrar tu sitio en la historia, ésa es la única tarea.

Porque el tiempo no existe.

Porque la violencia, el amor, los deseos y las necesidades, el silencio y las palabras se confunden. Se mezclan. Siempre, casi siempre.

Porque se puede vivir sin. De verdad, se puede. Vivir con la ausencia, convivir.

Porque todo puede ocurrirle a cualquiera. A ti, a mí, a cualquiera. ¿De verdad no podemos preverlo, verlo, saberlo?

De verdad.

Porque eres amable. Estás llena de dolor y de amor. Porque tienes el don, el talento de la sonrisa.

Porque nunca te quejas. Sobre todo eso: nunca te quejas.

Razón y sentimiento. Pasión y devoción. Magia y encantamiento. Actuar, sufrir. Amar, ser amada. Guiar, abandonarse a la guía.

Víctimas, verdugos. Batallas. Fronteras. Dentro y fuera, por todas partes fronteras.

Borders, dices. Siempre hay un lado que limita con el otro, tanto en la vida como en los cuadernos.

## 34. YO QUE TÚ. AUSENCIA

*Sólo al final de todo sé, sabemos ambas, por qué esta historia, tu historia, no es una historia cualquiera –claro que no lo es– y es tan potente. Tan fuerte que cambia a quien la escucha. Me explicas cómo se sobrevive a la ausencia. Cómo se hace para estar sin aquel a quien se ama más que a nadie en el mundo. Cualquiera entiende de qué estamos hablando. No hace falta imaginar la experiencia de verse privado de los propios hijos. Cualquiera sabe el esfuerzo que supone soportar, transformar, convivir con la ausencia de la persona amada. Un trabajo incesante. Una constante batalla. Un asedio, como tú dices. La presencia de quien falta es un asedio.*

*A veces hay que poder distraerse. Es tan necesario como el sueño, como el agua. Hay que conservar intacta la memoria de los momentos pero no perderse en ellos, no vivir sólo de ellos –en la esperanza, en el engaño de que vuelvan y se transformen de nuevo en presente– y, por tanto, dejar de existir en lo cotidiano, que está en cambio lleno de otras cosas. Todas estas otras cosas las apartas como una molestia. Ignoras los encuentros, evitas las miradas, olvidas las ocasiones. En cambio, es en lo demás donde discurre la vida. Hay que hacer las paces con el destino, sea lo que sea éste. La pelota que no se encuentra con el pie, demasiado pronto demasiado tarde, demasiado tiempo demasiado poco, desencuentros, malentendidos, yo pensaba que tú, y en cambio tú, cómo es posible que no podamos unir nuestras vidas, por qué razón, no ves que está escrito, no entiendes que no habrá jamás una perfección como ésta, que somos precisamente nosotros, cuál es el obstáculo, no puedo creerlo, no puedo rendirme. Pero sí, pero sí. Hay que rendirse, me dices. Lo único más doloroso que no tener al lado a quien se ama es no saber dónde está aquel a quien se ama. No tener siquiera su cuerpo para imaginar que camina por otro lugar.*

*Te miro, te escucho y todo cambia de luz. Tú eres la piedra de la ausencia. Eres su presencia. Mientras tanto sonrías, y me hablas de amor. Un amor nuevo, otro amor. Lo describes. No le quita nada a todo lo demás; al contrario: te siente, te sostiene, te acompaña, te quita la mochila de la espalda cuando pesa demasiado en la marcha. Te abraza.*

*Buscar, viajar, ver, tratar de entender cuál es el gran diseño. Eso es lo único que podemos hacer. No detenernos, no ahogar nunca el deseo. Otro paso. Un metro más. Olvidar y recordar. Sacar y volver a traer al corazón.*

*Eso dices, antes de meter tus cosas en el bolso y marcharte de nuevo. «El amor no se olvida de ti ni siquiera cuando tú lo ignoras. Vuelve, llama a la puerta. Si no respondes te lleva al extremo. Has de tenerle un poco de miedo, pero sobre todo debes mostrarle tu valor. Tienes que estar, cuando llame. Tienes que estar ahí y cuidar de él. Sólo si lo dejas libre de irse puedes verlo volver.»*

## 35. LISTA. PALABRAS

Dimenticare, olvidar; ricordare, recordar.

Etimología, raíz: mente, cuore, corazón. Si olvidas alejas de la mente. Si recuerdas vuelves a traer al corazón. (*Natalia Revuelta, la mujer que amó a Fidel Castro antes de que se convirtiera en Fidel, cuando tenía veinte años, en la única entrevista jamás concedida: «He necesitado toda la vida para transferirlo del corazón a la mente.» Un trayecto tan breve, y tanto tiempo. Luego, de la mente, se olvida. No del corazón.*)

Existen también scordare, olvidar; rammentare, recordar. Es lo contrario: alejar del corazón, volver a traer a la mente. Índice de frecuencia muy bajo en el uso común. Regional o literario. Uno entre mil. Vencen, en el uso de la lengua hablada, ri-cor-dare y di-men-ticare. (*El «Recordare» de la Misa de Réquiem de Mozart lo cantaba la abuela Klara.*)

Sinónimos. Dimenticare, obliare. Oublier. Olvidar. Del latín oblivium. Obliv. Hacia la oscuridad. Oscurecer. También, desvanecerse. («Oblivion», *Astor Piazzolla: música –no obstante– inolvidable, indimenticabile.*) De la luz a la oscuridad, hace falta más valor para olvidar. Entrar en la sombra.

(*Olvidamos cuatro cosas al día, dice un estudio sobre la mente. El cerebro humano archiva cuatro objetos cada día, los elimina –leo–. ¿Adónde van? ¿Se pueden recuperar? ¿Cómo? Además, cuatro, ¿por qué cuatro? ¿Cómo hacen para contarlos?*)

Viudo, viuda: el que ha perdido a su cónyuge/ compañero. Del sánscrito: vindhale. Vacío. Vaciarse. Pero también: que no está en pareja, y por tanto solo. (*Quien no está en pareja. Gemelos. Engendrados en pareja, paridos en pareja, criados en pareja. Luego: si uno pierde al otro, ¿es viudo de gemelo?*)

Uxorícida: el que mata a su mujer, uxor. Por extensión, el que mata a su cónyuge. El que lo pierde por su propia mano.

Huérfano, huérfana: el que ha perdido a sus padres. Del griego orphanos, en latín orbus. Privado, mutilado. Sin un trozo. También orbato, en italiano.

Inespecífico. En Dante: orbatì della luce, privados, faltos de luz. Orbo, en italiano ciego: ¿falto de ojos? (*De nuevo la oscuridad. Oublier, entonces, ir hacia la oscuridad privados de memoria.*)

Parricida: el hijo que mata a su padre, por extensión a un progenitor.

Infanticida: progenitor que mata a un hijo.

La palabra que falta.

El progenitor que pierde a un hijo. No que lo mata: que lo pierde. ¿Cómo se llama, cómo se dice, quién es aquel a quien se le ha muerto un hijo? ¿Qué lugar ocupa en la historia? Falta la palabra, falta la palabra. Carencia, ausencia. ¿Quién la ha borrado?, ¿cuándo?, del diccionario italiano, francés, alemán, español, inglés. Y, además, ¿por qué?

En alemán: falta. En francés: falta. En italiano: falta. En español: falta (deshijado indica genéricamente aquel que ha sido privado de los hijos, pero está en desuso). En inglés: bereaved, privado de aquel a quien se ama. Inespecífica. A quien se ama, a quienquiera que se ame.

En hebreo existe. Surge de la Biblia. Av shakul, masculino. Em shakula, femenino. Verbo: shakal, perder a un hijo. Génesis 27, 45. Isaías 49, 21. Jeremías 18, 21. Antiguo Testamento. Existía, y se ha conservado en la lengua moderna.

En árabe, está. Thaakil, masculino. Thakla, femenino. De la misma raíz que shakul, el mismo origen.

En sánscrito: vilomah. Literalmente, contra el orden natural. Inespecífica, pero frecuente para indicar la pérdida de un hijo. (*Me gusta mucho vilomah. Quién sabe si esa hache al final se aspira, se respira. Me gusta mucho el sánscrito, una raíz un misterio.*)

En griego moderno: charokammenos. Quemado por la muerte. Charos, el masculino de la muerte. Inespecífica, pero utilizada preferentemente para el progenitor que pierde a un hijo. (*No mutilado, como en el italiano orbato, sino quemado. No falta un trozo sino que se quema la persona entera: en el cuerpo, llagada, y en el alma. Toda. Es más adecuado. Más exacto.*)

En griego antiguo: orphanos, indistinto, indica los dos lutos. El de quien ha perdido a su padre y el de quien ha perdido a su hijo. En los dos sentidos, idéntica carencia. (*Pero no es lo mismo. No es lo mismo. ¿Por qué no existe una palabra para indicar el dolor de Andrómaca ante la muerte de su hijo*

*Astianacte arrojado desde las murallas de Troya? ¿Perder a un hijo recién nacido salido de tu cuerpo es igual que perder a una madre anciana?)*

Orphanios, con *i*. Un solo caso. Un epigrama de la *Antología palatina*, 7, 466. Libro séptimo, el de los epitafios. Fragmento 466: Leónidas. Madre ante la tumba de su hijo: pobre Anticles, pobre de mí. Mi vejez estará vacía de ti. Orphanios. Así, con *i*. Una licencia poética, dicen las notas al margen. (*Sólo la poesía ve lo que los demás no pueden, no saben o no quieren ver. La poesía y la música.*)

Teknoleteira. Sófocles, *Electra*, 108. Antígona habla del ruiseñor que ha perdido a su hijo. (*La música, el canto de un ruiseñor.*) Raíz: de teknon, niño, y ollumni, perder pero también matar. Es una palabra utilizada una sola vez y muy controvertida, escribe una estudiosa. Electra llora la muerte de su padre Agamenón y se compara a un ruiseñor: «Como un ruiseñor que ha perdido a su pequeño permaneceré aquí a la puerta de la casa de mi padre y el eco de mi dolor resonará por todas partes.» Es una referencia a Procne, hija del rey ateniense Pandión, transformada en ruiseñor. (*Níobe, hija de Tántalo, a cuyos siete hijos mata Apolo, se transforma en cambio en roca. Una roca, a veces, y otras un ruiseñor. Como una piedra capaz de cantar. Un canto que no oyen los humanos. Un canto bajo el agua. El canto de las ballenas. Mi voz y la suya, secreta. Sólo para nosotras.*)

## 36. YO QUE TÚ. NUESTRO SITIO

*Ayúdame a decir lo que no puede decirse, me pides.*

*Ése sería el resultado más sorprendente. Lograr decir en voz alta y sin derramar una lágrima cosas que no pueden decirse porque nadie tiene un sitio donde ponerlas, no quiere en absoluto tenerlas en la mano, quemar. Y tú –cuando te preguntan por ti– te sientes culpable por el hecho de ser un tizón ardiente que quemará a quien lo toque. ¿Tiene usted hijos?, te preguntan. Y callas. Sí, dos. Quisieras decir. Porque es así, tienes dos. Están ahí a cada instante. De la ausencia no puedes liberarte nunca. De la presencia sí, te olvidas por momentos. Estás en otra habitación, estás concentrado en un trabajo, estás ocupado en otra parte, no piensas en ello: sabes que la presencia se va pero vuelve, puede volver con un gesto, es fácil. De la ausencia no te olvidas nunca. No te permite distracciones, nunca. Entonces dices: sí, tengo dos. Luego deberías añadir: pero están muertas. Probablemente estén muertas, si quieres ser precisa. Pero no lo dices. En el momento no lo dices y luego es demasiado tarde y ya no encuentras valor para hacerlo. Valor, he dicho, sí. Porque te da vergüenza provocar turbación. ¿Puedes entenderme? Sabes que cuando lo hayas dicho el otro tendrá desde aquel instante y para siempre un sentimiento de horror con cierta piedad, de rechazo, algo que un segundo antes no estaba –en las sonrisas y en las palabras de circunstancias– y un segundo después se vuelve indeleble. En realidad, no querían saberlo: no querían oírlo. Ése es un defecto de sistema marginal –dices recuperando tu léxico de mujer de empresa, curiosamente, justo mientras hundes las manos en la caja negra del alma–, es un mínimo daño colateral el de sentirse culpable de poner en dificultades a un desconocido que te dirige la palabra en el tren. Quiero decir colateral y mínimo, dices, con respecto al dolor perfecto. Porque también eso hay que decirlo –¿Puedo encender un cigarrillo, te molesta? ¿Abro la ventana?–, hay que decir que la pérdida de un hijo es la piedra de toque, la medida áurea del dolor. El rasero. Todas las demás dificultades de la vida –una enfermedad, un dolor físico lancinante, un abandono, una pobreza extrema– están contenidas en ese perímetro. Se redimensiona, en*

*cierto sentido conocer sus límites es un privilegio. Lo sé, lo sé: parece una herejía decir que hasta es un privilegio conocer los límites del dolor. Pero es así. En la vida de después, es así. Una vez leí un libro, La mujer justa, de Sándor Márai. Hay una persona que lo menciona y le dice a otra, mientras le habla de sí misma: tú no lo sabes, lo veo en tu mirada, no sabes de qué te estoy hablando y te compadezco. Más o menos, eso es lo que recuerdo. Recuerdo el verbo: compadecer. Tener lástima de quien no sabe. Tener el privilegio de saber. A qué precio, desde luego. Pero lo que es de veras precioso –el conocimiento, por ejemplo, pero también el amor profundo– siempre tiene un precio, ¿no?*

*Pues bien, ¿sabes qué sería estupendo? Que las personas con las que hablas de ti tuvieran la capacidad de guardar silencio, de limitarse a escuchar, de no sentirse en la obligación de comentar con frases precocinadas y aterradas. De acoger, hacer un sitio a lo que estás diciendo. En el fondo no es tan insólito, ¿sabes? Cada día hay miles de personas que pierden a un hijo. Accidentes enfermedades drogas guerras violencias locuras. Cada minuto. Y, entonces, me pregunto: ¿por qué nuestras lenguas han suprimido la palabra para decirlo? Eres viuda si has perdido a tu marido. Eres huérfana si has perdido a uno de tus progenitores o a ambos. Pero yo, nosotras, ¿qué somos? Dirás: qué importa tener una palabra. Importa. Porque tener un nombre es tener un sitio, una casa hecha de pensamientos ya pensados. Un lugar tibio que lleva las huellas de miles, de millones de personas que pasaron por allí antes que tú. Te hace sentirte, en el error, en tu sitio. Un sitio doloroso y luminoso, un sitio difícil mas previsto en la historia del mundo.*

*Pero ahora salgamos a dar una vuelta, ¿qué me dices? Vamos a ver, porque parece que fuera es primavera.*

## Si este libro

Concita e Irina serían felices si este libro sirviera para apoyar y hacer avanzar un largo trecho la preciosa labor de Missing Children Switzerland.

[www.missingchildren.ch](http://www.missingchildren.ch)

*Título de la edición original:*  
Mi sa che fuori è primavera

Edición en formato digital: mayo de 2017

© de la traducción, Francisco J. Ramos Mena, 2017

© Giangiacomo Feltrinelli Editore, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3809-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

1 En Italia, durante la época fascista, jefe de la administración municipal nombrado por el gobierno. (*N. del T.*)

2 En español en el original. (*N. del T.*)

3 En español en el original. (*N. del T.*)

4 En español en el original. (*N. del T.*)

5 En español en el original. (*N. del T.*)

6 En español en el original. (*N. del T.*)

7 En español en el original. (*N. del T.*)

CONCITA DE GREGORIO

---

*Parece que fuera  
es primavera*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas